9Marks Journal: La predicación

es.9marks.org

Edificando Iglesias Sanas

es.9marks.org | contacto@9marks.org

La predicación

Nota del editor
Jonathan Leeman **Página 4**

CÓMO PREDICAR

Un enfoque conversacional
Algunos dicen que los monólogos están mal y que las conversaciones están bien. Gilbart-Smith dice que esto es correcto… pero al mismo tiempo incorrecto.
Por Mike Gilbart-Smith **Página 5**

Foro de pastores y teólogos de 9Marks
Preguntamos en una mesa redonda de pastores y teólogos lo siguiente: ¿Debe la predicación ser un monólogo?
Por Ajith Fernando, Albert Mohler, Kevin Smith y Derek Thomas **Página 12**

Un enfoque narrativo
Algunos dicen que las proposiciones están mal y que la narrativa está bien. Driscoll dice que esto es incorrecto… y al mismo tiempo correcto.
Por Mark Driscoll **Página 16**

Una defensa bíblica de la predicación expositiva
¿Dice la Biblia realmente que los predicadores deberían predicar de forma expositiva?
Por Mike Bullmore **Página 20**

LA APLICACIÓN DEL SERMÓN

¿A quién recurre tu congregación cuando necesita ayuda?

Los cristianos no escuchan a sus predicadores pero sí a Oprah. ¿Por qué? Porque los predicadores y las iglesias no están ayudando a los cristianos a aplicar el evangelio a sus vidas.

Por Deepak Reju **Página 22**

La predicación: aplicando la Palabra de Dios a los adultos y en adelante

¿Cómo puede un predicador joven predicar a sus ancianos? La respuesta puede sorprenderte.

Por Israel Haas **Página 28**

Predica al no creyente, al cristiano y al miembro de iglesia

Aquí tienes por qué la buena predicación expositiva es sensible tanto a los creyentes como a los que están buscando.

Por Aaron Menikoff **Página 32**

Cómo predicarle al ignorante, al que duda y a los pecadores

Con todo lo que se habla acerca de “conocer a tu audiencia”, ¿qué tal una evaluación espiritual?

Por Mark Dever **Página 39**

Jonathan Leeman

Nota del editor

9Marks recibe a diario llamadas telefónicas y correos electrónicos de pastores de iglesias locales que piden consejos. ¿Sabes cuántas preguntas recibimos acerca de la predicación? Ninguna.

¿Preguntas sobre la membresía de la iglesia? Muchas. ¿Preguntas sobre la aplicación de la disciplina eclesial? Bastantes. ¿Acerca de la transición a un modelo de gobierno basado en una pluralidad de ancianos? Algunas. Pero, ¿sobre la predicación? Nunca.

Efectivamente, el proyecto de investigación de *Pulpit & Pew* pidió a 1.231 pastores que clasificaran lo que hacían mejor de entre sus diversas funciones. En las categorías de la tradición denominacional, el tamaño de la congregación y los años en el ministerio, las dos primeras respuestas fueron (i) la predicación y (ii) enseñar a la gente acerca de la fe. La evangelización y la administración ocuparon los últimos lugares. Los pastores con más convicción y experiencia son los que están más seguros de su predicación (J. Carroll, *God's Potters*, 115).

Sin embargo, ¿podría sugerir —aunque sea de forma tímida— que 9Marks existe porque estos 1.231 pastores —y aquellos representados por estas estadísticas— no predican como deberían?

Decimos que la predicación expositiva es la primera característica de una iglesia sana porque creemos que si se hace bien, las otras marcas vendrán después. Verás esto una y otra vez en los artículos de este *Journal*. Mike Gilbart-Smith comienza comparando lo que él llama "la predicación autoritativa" con las recientes propuestas de "predicación conversacional". Ajith Fernando, Al Mohler, Kevin Smith y Derek Thomas aportan su granito de arena a este asunto. Mark Driscoll hace una propuesta de predicación narrativa, mientras que Mike Bullmore —el experimentado profesor de predicación en *Trinity*— presenta una defensa de la predicación expositiva.

Ahora bien, la predicación expositiva no es sinónimo de fidelidad simplemente porque exponga el texto bíblico, sino que también debe mostrar cómo el texto —debidamente expuesto— sigue siendo relevante para nosotros hoy. Esto significa que hay que aplicar sabiamente el sermón a nuestros oyentes. Deepak Reju reflexiona acerca de por qué tantos cristianos no van a las Escrituras en busca de orientación para sus vidas. Israel Haas exhorta a los jóvenes predicadores a considerar tanto a los adultos como a los ancianos, mientras que Aaron Menikoff y Mark Dever exhortan a todos los predicadores a tener en cuenta a diferentes tipos de oyentes.

Por Mike Gilbart-Smith

Un enfoque conversacional

Conversación es una de las palabras de moda en la iglesia del siglo XXI. Tiene connotaciones muy positivas que contrastan con palabras menos amables como *debate*, *discusión*, *disputa*, *pelea*, *exhortación* o *reprensión*. Solo hay que mirar la portada y la contraportada del libro de Doug Pagitt *Preaching Re-Imagined* (La predicación reimaginada) para ver cómo se percibe la diferencia entre un monólogo y una conversación.

La conversación es amable, respetuosa, colaborativa, reveladora, humilde y compasiva (Allen, 21-22).

También es bíblica; debemos ser rápidos para escuchar y lentos para hablar (Stg. 1:19). Los cristianos que dejan de entablar auténticas conversaciones entre ellos y con el mundo no siguen el ejemplo de su maestro. A través de la conversación puede proclamarse la verdad con poder y comprenderse en profundidad. Fue a través de la conversación que:

- Nicodemo descubrió que debía nacer de nuevo;
- La mujer samaritana cambió su cántaro de agua por agua viva;
- El hombre ciego de nacimiento recibió la vista tanto física como espiritual;
- La esperanza de Marta en cuanto a la resurrección se centró en Aquel que da vida;
- Pedro obtuvo el perdón y una renovación de su llamamiento.

La conversación centrada en la Biblia es una señal de que una congregación está conectando con la Biblia.

Entonces, ¿por qué la mayoría de los cristianos —cuando nos congregamos para la reunión más importante de la semana— no mantenemos una conversación? En lugar de ello, un predicador se coloca delante de una congregación durante treinta, cuarenta, e incluso cincuenta o sesenta minutos y habla sin ninguna interacción verbal de parte de la gente (excepto algún que otro *¡amén!*).

¿No va siendo hora de sustituir esa única voz del sermón por algo, digamos, más conversacional?

Desde luego, están surgiendo conversaciones que proponen precisamente esto.

Wesley Allen es uno de los que comenzó a tratar el tema. Aunque Allen no se considere evangélico, algunos llamados postevangélicos —como Doug Paggit— defienden posturas muy parecidas en cuanto a la predicación. Paggit lanza un enérgico alegato a abandonar la centralidad de la predicación convencional (que él llama "discursear").

Los discursos semanales actúan como un trastorno por estrés repetitivo tanto para el predicador como para la congregación. Si ocurren de vez en cuando no le hacen daño a nadie, pero convertirlos en una práctica habitual puede ser casi un acto de violencia, que llega a ser perjudicial para las comunidades que queremos cuidar (25-26).

Algunos artículos en Internet también denuncian los *sermones monólogo*. Galen Currah y George Patterson sugieren que el fruto de tales predicaciones incluye creyentes que son “solamente oidores”, jóvenes predicadores llenos de orgullo, congregaciones aburridas, mala comunicación y la necesidad de una preparación que dificulta el comienzo de nuevas iglesias.

También se debaten las mismas ideas en diferentes blogs. El comentario de Louise —de Malta— refleja los típicos sentimientos que se expresan al respecto: “sentarse y escuchar pasivamente a alguien nunca va a cambiar el mundo, y eso es a lo que hemos sido llamados”.

Por supuesto, nadie defiende de forma explícita escuchar sermones pasivamente. Hasta los que apoyan escuchar predicaciones en silencio abogan por escuchar activamente, o incluso *escuchar expositivamente*.

Sin embargo, el tipo de sentimiento que expresan Pagitt o Louise de Malta tipifica lo que cada vez más evangélicos dicen. Tachan la predicación tradicional de ser autoritaria, irrelevante, mero monólogo, oscurantista, seca y poco participativa; un elemento que solo se valora en centros de predicación, iglesias donde las relaciones son débiles e impersonales. Pero, ¿no será esta descripción una simple caricatura?

De aquí en adelante, me referiré a la predicación tradicional como *predicación autoritativa*. Y para que quede claro, la predicación autoritativa consiste en hablar con fidelidad la Palabra de Dios bajo la autoridad de Dios, de una forma muy parecida a cómo un embajador habla con autoridad de parte de su rey. Esta predicación, por tanto, requiere los oídos de una congregación que desea escuchar y ser transformada por el Señor.

Voy a aclarar también lo que no quiero decir. La predicación autoritativa no significa que el predicador deba gritar. O que el predicador deba ignorar su propia naturaleza pecadora e imperfecta. No significa que sea inaccesible o incontestable, o que se niegue a tener conversaciones con su congregación después de la reunión o durante la semana.

Una de las cosas que me frustraban al leer acerca de la predicación conversacional es la falta de claridad en cuanto al tema concreto que se trataba. El término *predicación conversacional* puede significar diferentes cosas en un solo libro, o incluso en un solo párrafo.

Por ello, dedicaré el resto de este artículo a examinar las diferentes ideas que la gente propone cuando recomienda la predicación conversacional. Algunas propuestas son loables; otras son reacciones a verdaderos problemas en algunas predicaciones actuales, pero son aun así reacciones poco sanas; otras demuestran una falta de comprensión acerca de la naturaleza de la Palabra de Dios y de la autoridad del evangelio.

1. Un contexto conversacional: una voz provoca otra.

A veces un autor aboga por la predicación conversacional para enfatizar el hecho de que las iglesias no son solo centros de predicación, sino comunidades de creyentes. Debería llevarse a cabo una variedad de conversaciones acerca del evangelio que coexistan dentro de la congregación. El predicador no debería solo predicar, sino involucrarse en relaciones en las que las conversaciones sobre el evangelio sean centrales a lo largo de toda la semana.

"Este tipo de preparación requiere que el predicador tenga no solo una relación íntima con el texto, sino también con la congregación" (Pagitt, 187, *cf.* Allen, 93). "Lo que normalmente ocurre entre el pastor y un comentario debería también ocurrir entre el pastor y la comunidad" (Pagitt, 189). Pero la predicación verdaderamente expositiva también se beneficia de esa interacción.

El deseo de ver que se lleva a cabo una conversación acerca del evangelio, como una parte fundamental de la vida de la congregación, es loable. No deberíamos ver el sermón como un acontecimiento aislado del curso de la vida de la iglesia.

En la iglesia a la que pertenezco ciertamente se valora la conversación. Cada miércoles por la noche, la iglesia se reúne para un estudio bíblico inductivo. A un versículo o dos de las Escrituras le sigue una conversación acerca de ellos y de su relevancia en nuestras vidas. Después de esta y de cualquier otra reunión, la gente a menudo se queda para al menos una hora de conversación informal, que los pastores animan a que esté centrada en la Palabra que acaba de ser predicada. También, muchos de nuestros miembros participan en pequeños estudios bíblicos inductivos en grupo a lo largo de la semana, así como en reuniones menos formales y comidas. Dos veces al mes —después del culto del domingo por la mañana— tenemos una comida de preguntas y respuestas para estudiantes universitarios con la persona que ha predicado.

La predicación autoritativa no ignora las conversaciones que tienen lugar a lo largo del resto de la semana. Esas conversaciones ayudan a la preparación del predicador. En nuestra iglesia, el predicador normalmente estudia el texto, prepara un bosquejo del sermón, pero entonces, antes de escribir el sermón en sí, hace una pausa para comer con otro anciano o miembro de la iglesia para comentar distintas formas en las que el texto del domingo puede aplicarse a la congregación. La vida congregacional auténtica —llena de conversación— es el contexto adecuado para la predicación expositiva. El pastor debe conocer a su rebaño.

Otro hábito que he adquirido en nuestra iglesia es repasar una página del directorio de miembros al preparar los sermones para pensar cuidadosamente sobre cómo puede aplicarse el sermón a personas que están en diferentes etapas de la vida. La predicación que no busca involucrar a la congregación en particular que va a escuchar el sermón no llega a ser expositiva. El predicador puede entender el mensaje del texto, pero sin lograr predicarlo a su gente en particular.

Sin embargo, algunos escritores ofrecen afirmaciones más radicales acerca de la relación entre el sermón y la conversación que se lleva a cabo en la iglesia.

El sermón deja de ser el punto de partida o el centro de la conversación y se convierte en un factor que contribuye con cierta importancia a la conversación que se lleva a cabo y pertenece a la comunidad… El púlpito se sitúa a un lado del círculo conversacional de la comunidad y el predicador es tan solo una voz entre muchas en la matriz de conversaciones de la congregación (Allen, 15-16).

En cuanto decimos que la predicación es una mera voz periférica en la conversación —en lugar del centro, el combustible y la brújula para la conversación— hemos olvidado la fuente y los cimientos de la comunidad cristiana. No tenemos vida aparte de la que el Espíritu de Dios nos imparte a través de la Palabra de Dios. Es él quien edifica la vida y la conversación de la comunidad. Ese momento de la semana en el que su Palabra no se debate sino que se escucha, debe permanecer central si queremos que su voz única y clara no quede marginada por nuestras muchas voces confusas.

2. Un tono conversacional: ninguna voz tiene autoridad.

La predicación conversacional —tal y como se ha propuesto— también puede significar que el predicador no debería hablar en tono autoritativo, y con tono me refiero tanto a la modulación de la voz como al lenguaje que se usa para formar y presentar las proposiciones homiléticas. Adoptar un tono conversacional significa, por tanto, que los predicadores no deberían *declarar* la voluntad de Dios sino que deberían *sugerir* una posible forma de entender lo que la Palabra de Dios *pudiera* estar diciendo.

"Hay algo peligroso en la vida del predicador que le dice a los demás con regularidad cómo son las cosas, cómo podrían ser, o cómo deberían ser" (Pagitt, 32). "Cuando propongo una idea, la formulo con frases como 'a mí me parece', 'esta es mi postura', o 'desde mi punto de vista'. Esta forma de hablar nos ayuda tanto a la comunidad como a mí" (Pagitt, 32).

De nuevo, compadezco a los que han tenido que escuchar a predicadores que golpean el púlpito y regañan a su congregación semana tras semana. ¡Un amigo me dijo hace poco que es gracias a los predicadores que algunos médicos especialistas de garganta tienen trabajo! Pero no deberíamos confundir la autoridad personal del predicador con la autoridad de la Palabra que predica. Tampoco deberíamos confundir el sentido general de la declaración autoritativa del texto con un dogmatismo equivocado en áreas donde la interpretación textual es especialmente difícil. No hay nada malo con decir en ocasiones algo como: "Bueno, este es un versículo difícil. Algunas personas piensan que aquí los ángeles son criaturas celestiales pero, teniendo todo en cuenta, yo creo que se refiere a mensajeros humanos".

Pero decir que algunas afirmaciones en el sermón deberían ser poco rotundas no significa en absoluto que todas deban serlo. Un predicador no debe decir: "A mí me parece que el que no naciere de nuevo no puede entrar en el reino de los cielos". Esto puede sonar a humildad, pero en realidad es arrogancia. Es no querer reconocer la autoridad de la Palabra de Dios. Un tono conversacional en este punto nos deja solo con las opiniones de un pecador acerca de la Palabra de Dios, en lugar de con la Palabra de Dios en sí, y así la Palabra no nos llega a implorar, a exhortar, a reprender, ni a animar.

La mejor manera de protegernos de la predicación que otorga la autoridad a la personalidad del predicador es proteger lo que estoy llamando predicación autoritativa. Con la predicación autoritativa, un predicador sabe que lo que dice viene de haber entendido lo que Dios ha dicho; después, lo aplica con fidelidad a la congregación, confiando en que Dios haga su obra transformadora. La respuesta no es un tono conversacional, sino una verdadera predicación expositiva y autoritativa.

Cualquiera que haya intentado predicar expositivamente sabe que hacerlo te obliga a ser humilde. Podría levantarme un domingo por la mañana y decir: "a mí me parece…", sin haber hecho mucha introspección. Pero cuando sé que me voy a levantar ante Dios y los hombres y a declarar: "el Señor nos manda hoy…" debo ponerme de rodillas y rogar que, en su misericordia, él me dé fidelidad.

Los predicadores no son infalibles, por lo que ellos mismos deberían iniciar conversaciones regulares para aceptar posibles correcciones. En nuestra iglesia, el equipo pastoral y los estudiantes en prácticas se reúnen una vez a la semana para examinar los cultos y ofrecer retroalimentación a los que predican, dirigen o participan de otras formas en las reuniones. Casi siempre hay desacuerdo sobre alguna parte del sermón pero, en la medida en que el sermón sea fiel a la Biblia, es autoritativo y debería presentarse así. Eso no quiere decir que el predicador deba gritar, pero sí significa que debería demostrar una pasión apropiada a la carga del texto.

3. **Una jerarquía conversacional: ninguna voz debe liderar.**

Puede que una de las doctrinas que se citan más a menudo para sugerir que la predicación autoritativa no es cristiana es el sacerdocio de todos los creyentes.

"La creencia en el sacerdocio de todos los creyentes nos obliga a reconsiderar nuestras ideas sobre los discursos y la autoridad pastoral… En realidad, la idea de que una persona necesite recibir una educación específica para entender las cosas de Dios es poco más que el engreimiento occidental… Había tiempos en los que las iglesias creían que un pastor debería ser el único que hablara de parte de Dios porque él era de los pocos que podían leer, como si el único conocimiento importante de Dios es el que viene de leer" (Pagitt, 153).

Todos los creyentes tienen el Espíritu Santo, y todos los creyentes han sido capacitados para comprender la verdad divina mejor que el no creyente más inteligente y culto. Pero el sacerdocio de todos los creyentes nunca se enseña en las Escrituras para contradecir los dones de enseñanza de algunos cristianos. La Biblia dice claramente que no todos deberíamos ser maestros (Stg 3:1). De igual modo, los cargos bíblicos requieren que quienes los ocupen sean aptos para enseñar. Si lo que esas personas van a enseñar son las ideas reveladas de Dios —¡y lo son!—, entonces como mínimo deben saber leer y, más que eso, deben usar bien la Palabra de verdad (2 Ti. 2:15). Esa enseñanza también se describe como autoritativa (1 Ti. 2:12). De hecho, a los pastores se les manda que enseñen con autoridad (Tit. 2:15). Por tanto, no es arrogancia que un predicador enseñe con esa autoridad, sino humilde sumisión a la Palabra de Dios y obediencia en el cargo que el Señor le ha dado dentro de la congregación.

El Espíritu Santo —en su amor— da pastores y maestros para la edificación de la congregación (Ef. 4:11). Los defensores de la predicación conversacional no parecen tener una categoría para alguien que ejerza con amor esa autoridad dada por Dios en favor de otros. "Si la función de la predicación es edificación mutua, entonces la creación de la predicación debe ser un acto colectivo" (Pagitt, 39). ¿Por qué, entonces, ha dado Dios a algunos para la edificación de todos? Él ha dado dones diversos a su pueblo deliberadamente. No creo que cantar como congregación fuera más edificante si todos nos turnáramos para tocar el piano. ¿Por qué deberíamos asumir que la predicación sería mejor si todos compartiéramos el púlpito?

4. **Un formato conversacional: todas las voces se deben escuchar.**

A decir verdad, Allen no llega —ni mucho menos— a sugerir reemplazar el sermón en sí por una conversación coral, pero Pagitt sí lo hace.

"El diálogo progresivo no significa pensamiento en grupo, debate, o ni siquiera acuerdo. Significa escucharnos unos a otros de manera que lo que pensamos no pueda quedar igual. Oímos lo que dicen los demás en nuestra comunidad y no tenemos más remedio que dejar que impacte en nuestro pensamiento" (Pagitt, 54).

Desde luego, es verdad que la conversación en grupos grandes acerca de un texto bíblico puede ser muy útil para mostrar la comprensión de la gente y ayudar a muchos a comprender mejor el texto. Cada miércoles por la

noche, nuestra iglesia tiene un estudio bíblico de este tipo, como ya he mencionado. Pero la función de la predicación autoritativa es un tanto diferente y bastante más significativa.

La predicación autoritativa simboliza y muestra la propia naturaleza del evangelio. Los que defienden un formato conversacional malinterpretan la relación entre la predicación y el evangelio. El evangelio es una noticia que anunciar, no una opinión que debatir. Cuando nos reunimos como pueblo de Dios, necesitamos escuchar que se proclama esa noticia como un edicto real que nos concierne directamente. El predicador no es el rey, sino el embajador. La autoridad de un sermón no reposa en la autoridad personal del predicador, sino en la autoridad de la Palabra que predica. El predicador no es un filósofo, sino un embajador. Sus ideas no vienen de él, sino que proclama fielmente las ideas de Dios a su pueblo.

Puede que esto nos resulte incómodo. Así debe ser, porque lo que hace la Palabra de Dios no es confirmar nuestra propia sabiduría. El Señor habla y nos humilla en nuestra necedad. ¡Que la tierra calle ante él! La voz de la congregación debe escucharse, pero debe escucharse en respuesta a su revelación. Debe ser una voz unísona de alabanza, confesión y compromiso a la obediencia, en todas las diferentes formas que eso se pueda hacer en nuestras diferentes culturas y vidas individuales.

5. Una hermenéutica conversacional: el texto no tiene voz.

Lo que más miedo me da de quitar la predicación autoritativa de la congregación es que las Escrituras mismas dejarán de tratarse como autoritativas. Me temo que la gente tiene reservas en cuanto a la predicación autoritativa porque —en última instancia— quieren protegerse de la autoridad de las Escrituras. Si todas las exposiciones de la Biblia se interrumpen por una serie de *opiniones* acerca de lo que las Escrituras quieren decir en realidad, el texto mismo perderá su voz. No nos quedará más que las voces individuales y las perspectivas personales. Entonces, ¿para qué molestarnos en escuchar el texto en absoluto?

Muchos de los que abogan por una predicación conversacional dicen que es necesaria en el presente clima cultural postmoderno. La gente ya no puede sentarse y escuchar a una voz. ¡No! El postmodernismo ha hecho que la predicación autoritativa sea más importante que nunca. En un contexto donde se supone que los textos no tienen significado, donde toda autoridad es relativa, donde ninguna voz es más autoritativa que cualquier otra, solo la predicación autoritativa expondrá la visión bíblica del mundo a un mundo postmoderno. La voz de Dios debe escucharse con la boca cerrada. La salvación no es algo que *encontramos* a través de un proceso colaborativo comunitario; ha sido iniciada, declarada y efectuada por el único Señor soberano. Mientras aún éramos pecadores, Dios tomó la iniciativa enviando a su Hijo a morir por nosotros. Confiábamos en nuestra propia visión del mundo y éramos incapaces de escuchar su voz, así que vino el Verbo.

El evangelio confronta las asunciones relativistas de una época postmoderna. Solo hay una fuente de autoridad: “un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Ef. 4:4-6). Me pregunto si la confusión de tantas voces es una de las razones por las que el libro de Pagitt no ofrece ninguna clara expresión del evangelio, aunque se declare evangélico.

En la predicación expositiva y autoritativa, la cuestión no es “¿cuál es la perspectiva de la congregación acerca de este texto?”, sino “¿cuál es la perspectiva del texto acerca de esta congregación?”. En resumen, recomiendo encarecidamente entablar conversaciones con la congregación antes y después del sermón. Recomiendo encarecidamente usar las palabras para involucrar las vidas de la congregación a lo largo del sermón. Pero si el simbolismo de la predicación autoritativa —una voz bíblica dirigiéndose a la congregación— se pierde, entonces la propia autoridad de Dios para dirigirse a su pueblo pronto se verá arrinconada.

Un enfoque conversacional puede consolar, involucrar y afirmar. Pero, al final, no sirve para predicar.

ACERCA DEL AUTOR:

Mike Gilbart-Smith es pastor asistente en *Capitol Hill Baptist Church* en Washington, D.C.

Por Ajith Fernando, Albert Mohler, Kevin Smith y Derek Thomas

Foro de pastores y teólogos de 9Marks

¿Debe ser un sermón una especie de monólogo? Si no lo es, ¿debería serlo? En otras palabras, ¿permite la Biblia que el estilo habitual de la exposición principal de las Escrituras en la congregación consista en una conversación recíproca (del tipo preguntas y respuestas)? Si es así, ¿es esto prudente para el cuidado pastoral? Consideremos las respuestas de Ajith Fernando, Albert Mohler, Kevin Smith y Derek Thomas.

Ajith Fernando

La Biblia usa el término *dialegomai* para describir la proclamación de los primeros evangelistas (*cf.* Hch. 19:8; 20:29; 24:25; He. 12:5). Esto sugiere que existía la oportunidad de réplica a lo que era proclamado. Sin embargo, el uso de dialegomai en la Biblia difiere de su uso en el griego clásico, donde el diálogo implicaba el intercambio de ideas para que aquellos involucrados en el diálogo llegasen a la verdad. En el Nuevo Testamento, la comunicación del evangelio conlleva en sí misma la idea de proclamar la buena noticia como un heraldo (*kçrussô*) o de anunciar el evangelio (*euaggelizô*) con el fin de persuadir (*peithô*) a la gente. El objetivo es cambiar la mentalidad de la gente con respecto a la verdad y verles aceptar a Cristo como su único Señor. Los primeros evangelistas sabían que eran portadores de la verdad que el Creador del mundo había revelado a su creación una vez y para siempre, y querían comunicar esta verdad a sus oyentes.

Parece ser que gran parte de la enseñanza de Jesús fue transmitida en forma de diálogo. Algunas de las verdades más importantes que proclamó fueron comunicadas a través de situaciones que justificaban algún comentario por su parte. Del mismo modo, hoy en día mucha de la enseñanza cristiana tiene lugar en contextos informales, donde los líderes enseñan a otros cristianos a través de conversaciones con respecto a los asuntos de Dios. En realidad, toda proclamación cristiana es en forma de diálogo aun cuando no se da una respuesta verbal. La mente del oyente está involucrada de tal modo que le lleva a responder de alguna manera.

No obstante, Jesús habló con autoridad. Tenía un mensaje definitivo de Dios que debía dar a la gente. Nosotros también tenemos esta autoridad cuando proclamamos la Palabra. Esta autoridad no es intrínseca a nosotros —como era en el caso de Jesús— sino que se deriva de la Palabra de Dios (la cual nos proporciona el contenido de nuestra proclamación), la unción de Dios (que nos da la autoridad para proclamar dicho contenido), y el poder del Espíritu Santo (el cual nos dirige en el uso de la verdad inmutable de Dios y nos convierte en instrumentos de su poder convincente). Por supuesto, el hecho de que nuestra autoridad sea derivada y de que nuestro ministerio sea por gracia, excluye toda base para una arrogancia de nuestra parte y da a esta proclamación una singularidad que ayuda a llevar a la gente a Cristo y a su verdad.

Siempre debemos reconocer el hecho de que hemos recibido un mensaje de Dios que hemos de proclamar. Cualquiera que sea el método que usemos, debemos hacerlo de tal manera que la autoridad del Dios que habló de forma definitiva a la humanidad se manifieste en las palabras que usamos.

Albert Mohler

La misma formulación de esta pregunta es interesante. En primer lugar, creo que referirse a la proclamación pública de la Palabra de Dios como un monólogo no es la mejor manera de describirla. Es una voz la que habla, pero esta voz no está hablando en su propio nombre, sino como una que ha sido autorizada para proclamar y enseñar la Palabra de Dios. Al mismo tiempo, no parece haber ninguna justificación bíblica para un tipo de predicación conversacional. En todo caso, parece que el modelo bíblico asigna la responsabilidad de la predicación a un individuo que se atreve a hablar en nombre de Dios presentando y aplicando la Palabra de Dios.

Estoy pensando en un pasaje como Nehemías 8:1-8. En esa situación, Esdras y sus compañeros “leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura”. Un poco más arriba en este pasaje, se nos dice que “los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley”. Aquellos que predicaban lo hacían con autoridad. Al mismo tiempo, no sería correcto sugerir que estos oyentes permanecían pasivos. Eran receptores activos de la Palabra predicada. Estaban *atentos*.

Del mismo modo, la congregación no debe quedarse sentada en los bancos de forma pasiva meramente observando la predicación de la Palabra. Por el contrario, la iglesia debe estar involucrada activamente en las disciplinas de escuchar, recibir y responder a la Palabra de Dios según es predicada por aquel que es investido con los dones y las responsabilidades correspondientes.

Un enfoque similar es evidente en el Nuevo Testamento. Cuando Pablo instruye a Timoteo acerca de sus responsabilidades como predicador, no hay nada en el pasaje que sugiera que Timoteo debía involucrarse en una especie de diálogo con la congregación. En vez de eso, Pablo encarga a Timoteo la sagrada y solemne responsabilidad de predicar la Palabra “a tiempo y fuera de tiempo”. En todo caso, advierte a Timoteo en contra de tener demasiado en cuenta la respuesta de sus oyentes. Esto difícilmente describe una especie de diálogo.

Según lo veo yo, la presión a favor de una forma de predicación más basada en el diálogo es una redefinición de la predicación tal y como es descrita en las Escrituras. El cambio parece ir de la mano de los grandes movimientos culturales en contra de la autoridad en la enseñanza y de la idea misma de una Palabra autoritativa. Lo último que necesita el evangelicalismo moderno es la sustitución de la predicación bíblica por el “diálogo” congregacional. Esto también entra dentro de nuestras tentaciones modernas y, al final, amenaza con expulsar la Palabra autoritativa de nuestra mente.

Kevin Smith

¡Los afroamericanos van a hablar! La predicación de los afroamericanos es conversacional. A pesar de cómo se pueda sentir uno con el término *predicación afroamericana*, cualquier observador sincero reconocerá que algo un tanto diferente ocurre durante el tiempo de predicación en una iglesia afroamericana típica. La predicación afroamericana es voluntaria o involuntariamente conversacional debido al elemento histórico de *invitación y respuesta* con el que se asocia la religión afroamericana. Esta interacción entre el líder y los participantes con frecuencia se puede remontar a las reminiscencias culturales que los africanos retuvieron cuando fueron llevados a Occidente como esclavos.

Sobre la cuestión de si esto debería ser así, mi respuesta es: ¡depende! Teológicamente, la respuesta es *no*. Homiléticamente, la respuesta es *problamente, sí*. ¿Estoy siendo ambivalente? Quizás. No obstante, la realidad es esta: la gente afroamericana, en una iglesia afroamericana, con un predicador afroamericano, no espera escuchar el tipo de sermón que se predicaría en una iglesia no afroamericana; ni tampoco estarán realmente receptivos al mismo. Esa es la realidad.

Afortunadamente —creo yo—, mi teología bíblica gobierna mi homilética. Por tanto, no creo que un predicador debería ser intencionadamente dialogal al *predicar un sermón*, a pesar de su contexto étnico. Ciertamente, no tenemos un modelo escritural para ser dialogales. Cualquier consideración del púlpito en Nehemías capítulo 8, la notable autoridad asociada con la proclamación de Jesús en los evangelios, o la predicación de los apóstoles en el libro de Hechos, echa por tierra el mito de que la voz del predicador es *una voz entre muchas*. No, no, no. La predicación de un sermón es el momento en el que Dios habla y su pueblo calla y escucha.

Además, como aspecto práctico, el analfabetismo bíblico general asociado con gran parte de la comunidad seudo-cristiana hoy día debería hacer pensar al predicador contemporáneo si es conveniente el diálogo como un modelo de predicación. Esta es con frecuencia mi lucha como predicador afroamericano. A menudo, tengo que corregir el diálogo erróneo que no es bíblico, lo cual puede llegar a ser embarazoso en el frecuente intercambio emocional entre el púlpito y los bancos en la iglesia afroamericana. Nada mata el diálogo tanto como decir a tus compañeros de diálogo —en este caso, la congregación— que están equivocados.

Sin embargo, para mantener mi ambivalencia, debo decir que uno se siente realmente bien como predicador cuando un santo sazonado con la gracia divina afirma la verdad de las Escrituras exclamando: “¡Predícalo!” o “¡Diles una vez más!”

Derek Thomas

La predicación (a diferencia de la lección de la escuela dominical o de un estudio bíblico) debe ser del tipo monólogo porque:

> (i) refleja mejor lo que el Nuevo Testamento da a entender con kerygma (lo que se predica, el mensaje, la proclamación, y su palabra afín kçrussô; proclamar, dar a conocer, predicar, proclamar a voces como un heraldo), que es la palabra que se usa en el griego original para describir la predicación (*cf.* Lc. 4:18-19, Ro. 10:14, Mt. 3:1);
>
> (ii) refleja el patrón de la predicación *kerigmática* de los apóstoles y profetas en ambos testamentos;
>
> (iii) refleja la autoridad de Jesús en su propia predicación;

(iv) logra de forma efectiva lo que es realmente la predicación; no es meramente el mero hecho de transmitir información, sino que transmite la verdad bíblica con pasión, fervor y autoridad para convencer de pecado y demandar obediencia motivada por la verdad del evangelio;

(v) crea una atmósfera propicia para escuchar, la cual refleja mejor el significado del texto según la exégesis gramatical e histórica de maestros y ancianos de renombre (más que una epistemología democrática postmoderna y una pluralidad de perspectivas).

La predicación de tipo monólogo se ciñe mejor al mandato divino de arrepentirse y creer, exhortando a la obediencia más que al diálogo y el debate. En este sentido va necesariamente en dirección opuesta a la cultura, sin acomodarse a las opiniones postmodernas y deconstructivas acerca de la naturaleza misma de la verdad.

Habiendo dicho esto, considero que la mejor predicación de tipo monólogo es aquella que es dialogal en el sentido de hacer preguntas retóricas, y que se dirige al individuo con miras a demandar y provocar una respuesta por parte del mismo. Dicha predicación debería tener aplicación para la mente, la voluntad y las emociones, y no debería manifestar hegemonía clerical.

ACERCA DE LOS AUTORES:

Ajith Fernando ha sido el director nacional de *Youth for Christ* en Sri Lanka desde 1976. También es el autor de *NIV Application Commentary on Acts* y *Jesus Driven Ministry*.

R. Albert Mohler es el presidente de *The Southern Baptist Theological Seminary* y ha contribuido en numerosos libros. Puedes encontrar más sobre su obra en *www.albertmohler.com*

Kevin L. Smith es profesor asistente de historia de la iglesia en *The Southern Baptist Theological Seminary* en Louisville, Kentucky.

Derek Thomas es ministro de enseñanza en *First Presbyterian Church* en Jackson, Mississippi, profesor de teología sistemática en *Reformed Thelogical Seminary* en Jackson, y autor de numerosos libros.

Por Mark Driscoll

Un enfoque narrativo

La predicación narrativa es una de las últimas atractivas y vanguardistas tendencias en la predicación de hoy. La predicación narrativa está de moda y la predicación proposicional está desfasada, dicen. “Sé un buen contador de historias”.

Entonces, ¿qué hacemos con la predicación narrativa?

CONTRAS

Tengo una serie de problemas con la predicación narrativa. En primer lugar, tal predicación no emana ni de las iglesias, ni de los seminarios, ni de los teólogos que sostienen la doctrina de la infalibilidad y que tienen un alto concepto de la predicación y de la enseñanza. Más bien, tiende a proceder de las iglesias más liberales, y fundamentalmente, de iglesias con una baja visión de la Biblia y de Jesús.

En segundo lugar, la convocatoria a la predicación narrativa puede indicar un alejamiento de la verdad proposicional en favor del relativismo y del perspectivismo, como si la transformación fuese posible sin la información.

La tendencia actual está lejos de la verdad proposicional: “No necesitamos la verdad proposicional. Necesitamos la verdad narrativa y la verdad encarnada”. En realidad, si vamos a ser personas de perspectiva múltiple, necesitamos todo eso.

La verdad proposicional me dice quién es Dios, quién soy yo, por qué estoy aquí, cómo he caído, quién es Jesús, y lo que él ha hecho. No puedo tener una cristología buena con solo una pincelada. Tienes que decirme algo. Alguien podría decir: “He leído a Wittgenstein, y dijo que hay límites en el lenguaje y en las palabras”. Entendido, pero Dios ha escogido hablar a través de su Palabra y el mismo Espíritu Santo que inspiró las palabras que fueron escritas, ilumina la comprensión de los hijos de Dios. No estamos atrapados en el callejón sin salida de Wittgenstein. El Espíritu Santo es la gran variable que hace que la Palabra de Dios sea conocida por el pueblo de Dios. Creemos en los milagros. No somos solo un pueblo natural que depende de un cerebro caído para clarificar la revelación. También tenemos a Dios que nos ama. Y como dijo Juan Calvino, Dios está dispuesto a agacharse y a hablar como un niño, de modo que podamos entender quién es él y lo que está tratando de decir.

Eso no quiere decir que seamos modernistas puros que creamos que todo está claro como el agua. Pablo dice que podemos ver en parte y en parte conocemos. Deuteronomio dice que las cosas secretas pertenecen al Señor. Isaías dice que los pensamientos de Dios son más altos que nuestros pensamientos. La cuestión no es que no sepamos, la cuestión es que no sabemos aparte de la fe. Esa es nuestra epistemología. No somos modernos o postmodernos, ¡somos cristianos! Creemos que Dios revela, el Espíritu Santo ilumina, y por fe nosotros creemos. Esto es una epistemología cristiana.

Aquellos que creen en una epistemología moderna o postmoderna le hacen mucho daño a la Biblia. Los modernistas asumen únicamente la verdad proposicional y no la verdad encarnada ni la verdad narrativa. Los postmodernistas tienden a ser exclusivamente comunitarios, participativos, narrativos, y de diálogo, pero no abordan la naturaleza de la verdad proposicional. Pero si quieres una verdad de perspectiva múltiple, podemos decir que necesitas de todo. Esto quiere decir que tu teología conduce a tu doxología, que se traduce en tu biografía. Lo que tú crees (teología) permite tu adoración (doxología), y a través de la adoración, te conviertes en lo que adoras (biografía). Se va de la proposición, a la adoración, y de ahí a la transformación. Tú tienes la oportunidad de saber quién es Dios. Le adoras. Entonces llegas a ser como aquello que amas.

En tercer lugar, una de las esencias de la postmodernidad es que no hay una historia general que gobierne sobre todos los tiempos, culturas, historias y personas. Todo depende de la cultura y la perspectiva. Así que la predicación narrativa de la Biblia puede convertirse en otra serie de historias. Estará en algún lugar entre las fábulas de Esopo y los mitos de Joseph Campbell.

Pero los cristianos no creemos eso. Creemos que la Biblia es la *metanarrativa*. Es la historia general en virtud de la cual toda la historia ha de ser entendida e interpretada. Rechazamos la reducción de la Biblia a otra buena historia. Es la historia de quién es Dios, de lo que Dios ha hecho, de lo que hemos hecho, y de lo que Dios ha hecho para salvarnos. Rechazamos el rechazo de cualquier narración autoritativa.

En cuarto lugar, la predicación narrativa es reduccionista. Dice que todo en la Biblia es una historia y debe ser enseñado como una historia. Pero hay libros que son en gran medida proposicionales. Desafío a cualquiera a predicar Proverbios narrativamente. ¡Buena suerte! Hay narraciones intercaladas en Proverbios, pero el libro no es una narración. ¿Dónde está el héroe? ¿Dónde está el antagonista? ¿Dónde están el conflicto y la resolución? Libros como Romanos, también, son en gran medida proposicionales. Aquellos que dicen que la predicación debe ser narrativa están esencialmente diciendo: "Impón a la Biblia una forma que la Biblia misma no posee". Yo creo que cuando vamos a la Biblia no andamos buscando pruebas de la verdad de las declaraciones del texto, pero debemos respetar el género de la literatura, si se trata de un libro profético, una carta, o una narración. No solo son las palabras y los conceptos inspirados, sino que la forma literaria es inspirada también. El medio es a veces el mensaje, y si no haces caso del medio, deformarás el mensaje. Así Cantar de los Cantares es bello, es una poética historia de amor, es una gran narrativa. Pero Romanos no lo es. Y la manera de enseñar estos dos libros es diferente.

A FAVOR

Sin embargo, hay algunas cosas que creo que es bueno tener en cuenta con respecto a la predicación narrativa. Esto puede significar —en el mejor sentido— que la propia Biblia es una historia, y que todos los sermones que predicamos deben conectarse a esa gran historia. Si eso es lo que queremos decir con predicación narrativa, pues estoy totalmente de acuerdo. Estamos en peligro cada vez que nos lanzamos a una porción de la Biblia y no la conectamos con la historia de toda la Biblia.

Entonces la pregunta es: "¿cómo encaja el texto del sermón en la historia del Creador, la creación, el pecado, la maldición, el anhelo por el Mesías en la comunidad del pacto de Israel, la venida de Jesús y su muerte y resurrección?" De esta forma, cuando llegamos a las epístolas y a las instrucciones de Pablo sobre unir a la iglesia en 1ª Timoteo, la iglesia entiende que lo que Pablo dice es parte de una gran historia. Dios ha estado trabajando durante muchos años para llegar al punto donde los ancianos serán los pastores de las personas que han sido salvadas por el Señor Jesucristo.

La predicación narrativa también puede significar que el sermón no es tan predecible. Al oyente no se le pone frente a la tesis y se sigue luego con su defensa. Más bien, el oyente toma un viaje por la historia del texto a través del conflicto, la tensión y la eventual resolución. Esto suele ser más emocionante y memorable.

En su mejor sentido, la predicación narrativa significa que se está siguiendo la tradición de la buena teología bíblica reformada. Sé que la teología bíblica —como la predicación narrativa— sale de los cuarteles más liberales que no quiero apoyar de ninguna manera. Pero hay una corriente de la teología bíblica que da prioridad a la infalibilidad y es fuertemente reformada. Buenos ejemplos de esto son Geerhardus Vos, Graeme Goldsworthy, Clowney Edmund y Bryan Chapell. Un predicador debe informar a su pueblo de cómo la Biblia se complementa y debe hacerlo de una manera centrada en Cristo.

Si predicamos cada sermón de un modo que explica nuestro texto en términos de dónde encaja en la historia de la creación, de la maldición, del pacto, de Cristo, de la Iglesia, y de la consumación, si predicamos la Biblia como la historia metanarrativa que se mueve desde la creación hasta la nueva creación, entonces, ¿quién es el héroe de esa historia? Es una pregunta obvia, pero permíteme sostener que en la predicación muchas veces esto se pierde. En la predicación, Jesús debe ser el héroe, no solo de toda la historia, sino de cada capítulo, versículo y palabra, de todas las otras historias que forman parte de la gran historia. Debemos predicar a Jesús como el héroe y el Salvador. Sé que esto suena simple, pero muy a menudo la predicación se reduce a simple moralismo, y se nos llama a fortalecernos y a ser como él. Jesús se convierte en nada más que un buen ejemplo de lo que, mediante la determinación, la voluntad y el esfuerzo, podemos ser. Esto no es predicar el evangelio.

Ten en cuenta algunas de las cosas que Jesús dijo a los maestros de la Biblia: "Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn. 5:39). Algunos de los fariseos a los que él estaba hablando habían aprendido de memoria, probablemente, el Pentateuco. Sin embargo, les dijo a estos chicos que ¡no conocían sus biblias! Puedes memorizar libros enteros de la Biblia, pero si no estás con Jesús, no eres bíblico.

Yo les enseño esto a mis hijos pequeños. Después de que Jesús se levanta de los muertos en el evangelio de Lucas, hay dos partes de la Biblia en las que él explica cómo todo en el Antiguo Testamento era acerca de él:

- "Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Lc. 24:27).

- "Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras" (Lc. 24:44-45).

Predicador, permíteme decirte esto: se supone que tus sermones son acerca de Jesús. Cuando predicas acerca de la victoria, lo que se predica, ¿es sobre la victoria de Jesús o la de la congregación? Uno de los plantadores de iglesias de nuestro grupo *Acts 29*, hace poco visitó una iglesia muy grande y se sentó a escuchar el sermón. Quería darle el beneficio de la duda al predicador. Sin embargo, en un sermón de 25 minutos, el predicador ni una sola vez dijo el nombre de Jesús, y nunca dijo nada que estuviese cerca del evangelio. Y al final, el predicador dijo: "Si quieres ir al cielo y tener una vida mejor, acércate ahora". No les dijo nada acerca del pecado, de Jesús, de la cruz y ni de la resurrección. Solo les pidió que pasaran adelante y luego les dijo que todos eran cristianos. Esta predicación no es bíblica.

¿Has encontrado una manera de conectar todos los sermones con Jesús? ¿Lo vas a presentar como el Salvador? La predicación bíblica es enseñar a la gente que Jesús es el héroe, y que ellos no tienen que serlo.

ACERCA DEL AUTOR:

Mark Driscoll es el pastor fundador de la Iglesia *Mars Hill* en Seattle, Washington, y el autor de *Radical Reformission* y *Confessions of a Reformission Rev*.

Por Mike Bullmore

Una defensa bíblica de la predicación expositiva

¿Qué es la predicación expositiva? Un sermón es expositivo si su contenido y su propósito son controlados por el contenido y el propósito de un pasaje en concreto de las Escrituras. El predicador dice lo que el pasaje dice, y se propone que el sermón logre en sus oyentes exactamente lo que Dios busca lograr a través del pasaje escogido de su Palabra.

Predicador, imagínate a Dios sentado en la congregación cuando predicas. ¿Cuál sería la expresión de su cara? Diría: “Eso no es en absoluto lo que yo quise decir con este pasaje”. O diría: “Sí, eso es exactamente lo que yo pretendí”.

El argumento bíblico para la predicación expositiva empieza con la conexión entre el don que el Cristo ascendido ha dado a la iglesia en los pastores y maestros (Ef. 4:11), y el mandamiento bíblico de que los pastores y maestros “prediquen la palabra” (2 Ti. 4:2). Aquellos que predican deberían predicar sus biblias.

Posiblemente, el mejor lugar para empezar a demostrar la legitimidad de identificar la predicación con la predicación de la Palabra, es el libro de los Hechos. En este libro, la frase “la palabra de Dios” es el concepto habitual que contiene la esencia de la predicación apostólica. En Hechos 6:2, por ejemplo, los apóstoles dicen que “no es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios” (*cf.* Hch. 12:24; 13:5, 46; 17:13; 18:11). La frase también aparece frecuentemente como “la palabra del Señor” (8:25; 13:44; 15:35,36; etc.), y no pocas veces es resumida como “la palabra” (*cf.* 4:29; 8:4; 11:19). En el libro de los Hechos hay una identificación clara y constante entre la predicación apostólica y la frase “la palabra de Dios”.

Mientras que la esencia de la predicación apostólica fueron las buenas noticias de reconciliación con Dios a través de Cristo Jesús, ese mensaje fue explicado deliberada e invariablemente por medio de la exposición de las Escrituras del Antiguo Testamento. Así, la predicación en los tiempos neotestamentarios incluyó la predicación de la Palabra de Dios, y un componente esencial de tal predicación fue la exposición del Antiguo Testamento. Esto, a su vez, nos lleva a la conclusión de que las Escrituras del Antiguo Testamento deben ser

incluidas en nuestra concepción de *la Palabra* que debe ser predicada, una conclusión confirmada tanto por las afirmaciones directas (2 Ti. 3:16; Ro. 3:2), como por las indirectas (Ro. 15:4) del Nuevo Testamento.

Así que esta *Palabra* es la palabra acerca de Jesús, tal y como fue anticipada en el Antiguo Testamento y ahora explicada en la predicación apostólica. Esta es la Palabra que es "hablada" (Hch. 4:29), "anunciada" (13:5), y que debe ser "recibida" (17:11) como "la palabra de Dios". Esta misma identificación es mantenida por todas las cartas de Pablo. Sin dudarlo, Pablo llama al mensaje que proclama "la palabra de Dios" (2 Co. 2:17; 4:2; 1 Ts. 2:13), o simplemente "la palabra" (Gá. 6:6).

Incluso en el contexto de la exhortación de Pablo a Timoteo de *predicar la palabra* encontramos confirmación de esta identificación entre predicar y predicar la Palabra de Dios. Timoteo hubiera sabido inmediatamente a qué *palabra* se refería Pablo. Tal y como la biografía de Timoteo subraya, incluía ambas, *las Sagradas Escrituras* y el mensaje apostólico: "lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido" (2 Ti. 3:10-17).

La conclusión que extraemos de todo esto es que la *Palabra* que tenemos que predicar es el conjunto de verdad compuesto por las Escrituras del Antiguo Testamento y la enseñanza apostólica respecto a Cristo (el Nuevo Testamento). Por eso, es correcto identificar la *Palabra* con nuestras biblias. Esto es lo que deben enseñar aquellos que han sido comisionados como pastores y maestros. Nuestra tarea es proclamar *la Palabra* que Dios ha hablado, preservada en las Escrituras, y que ha sido confiada a nosotros.

La vida espiritual del pueblo de Dios depende de esta Palabra (Dt. 8:3). Este es el motivo por el que un pastor joven es comisionado a "ocuparse en la lectura, la exhortación, y la enseñanza" (1 Ti. 4:13). Si esta comisión es relevante para nosotros hoy —y lo es— entonces la fuente de nuestra predicación debe ser —de forma integral— una extensión de nuestras biblias.

¿Qué significa esto? En nuestra preparación de sermones, significará tomar pasajes definidos de la Palabra de Dios y estudiarlos cuidadosamente para que *usemos bien la palabra de verdad*. En el púlpito, significará la ilustración que vemos en Nehemías 8:8: "Y leían en el libro... claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura". Dios ha determinado y prometido usar esta clase de predicación para llevar a cabo uno de sus grandes propósitos: la reunión y la edificación de su pueblo.

ACERCA DEL AUTOR:

Mike Bullmore es el pastor principal de *CrossWay Community Church* en Kenosha, Wisconsin.

Por Deepak Reju

¿A quién recurre tu congregación cuando necesita ayuda?

Mi esposa y yo estábamos en un retiro de matrimonios con doce parejas. Tanto los hombres como las mujeres estaban trabajando —con dolor pero con honestidad— con los fracasos en sus matrimonios. A los líderes de grupos pequeños del retiro se les dijo que ayudaran a las parejas a pensar sobre cómo aplicar el evangelio a sus debilidades matrimoniales. Después, me senté con los líderes de los grupos para ver cómo había ido, y esto fue lo que me dijeron:

“Ha sido la parte más lenta del fin de semana”.

“La gente no tenía idea sobre qué decir”.

Y lo peor de todo: “No creo que la gente sepa cómo aplicar el evangelio a sus vidas”.

En este artículo sobre el discipulado, consideramos la urgente necesidad de que los cristianos enseñen a otros cómo vivir vidas centradas en el evangelio. Este *Journal* de 9Marks está dedicado al tema de la predicación, lo cual es fundamental para el discipulado cristiano.

El primer paso en el discipulado se da cuando el predicador aplica la Biblia a la vida de su congregación. Al oír los creyentes la Palabra y al crecer en su entendimiento del evangelio, crecen también en su amor por Cristo.

Un segundo paso en el discipulado se da cuando los cristianos —preparados con la Palabra— salen de sus zonas cómodas e interactúan con otros en relaciones santificadoras. Al juntarse los creyentes, se aguzan unos a otros y se ayudan unos a otros a ver la gloria de Cristo.

Con demasiada frecuencia los pastores y los miembros de iglesia no cumplen estas responsabilidades y, como consecuencia, rara vez vemos un crecimiento espiritual adecuado en nuestras congregaciones.

EL FRACASO DEL PASTOR: DESCUIDAR LA APLICACIÓN BÍBLICA

Pregunta a cualquier cristiano lo que enseñó su pastor el domingo por la mañana y en el mejor de los casos te dará un rápido resumen del pasaje y alguna que otra ilustración. Ahora, pregúntale cómo ese mensaje tuvo un impacto en su vida y por norma general te dirá algo así de vago: “fue de ayuda”, “fue de ánimo” o incluso: “hizo que me alegrara de ser cristiano”.

Ninguna de estas respuestas es mala. De hecho, es de esperar que sean ciertas. Pero ¿qué pasa cuando “José cristiano” o “Susana cristiana” salen por la puerta de la iglesia el domingo por la mañana y vuelven a un mundo caído? Vamos a considerar unos cuantos ejemplos prácticos:

- Jonatán entra en su oficina el lunes y se entera por casualidad de que su jefe está metido secretamente en una serie de prácticas empresariales nada éticas.
- A Pedro se le dice que tiene los síntomas iniciales de la enfermedad de Parkinson.
- Al niño de cinco años de Susana le da una rabieta cada cinco minutos y nunca hace ningún caso a las instrucciones de su madre.
- La esposa de David le dice que ya no le quiere y que quiere divorciarse.
- El novio de Julia intenta convencerla de tener relaciones sexuales con él, a pesar de que él dice ser cristiano.

¿Saben estas personas cómo el evangelio es pertinente a sus situaciones en particular? Si son como la mayoría de los cristianos, no lo saben. Así que buscan en otra parte.

Jonatán llama a sus tres mejores amigos y les pide que le aconsejen.

Pedro se mete en Internet y lee todo lo que puede sobre la enfermedad de Parkinson.

Susana se acuerda de algo que leyó en una revista e intenta ayudar a su hijo con su autoestima.

David y su esposa recurren a un consejero y este les recomienda técnicas de comunicación de la última investigación matrimonial.

Julia recurre a Oprah Winfrey. ¿Qué dirá la diosa de la televisión americana?

¿Por qué recurren los cristianos a este tipo de ayudas? ¿Por qué sale la gente de sus iglesias sin saber cómo la Biblia puede ser relevante en sus hogares, en sus amistades y en sus lugares de trabajo?

Por un lado, a los miembros de las iglesias se les bombardea con las mismas opciones que a las demás personas. La publicidad en la televisión, las vallas publicitarias en la calle, los anuncios en Internet y los anuncios en las revistas nos saturan con alternativas: “Diez consejos para una vida sexual mejor”, “Administra mejor tu dinero”, “Menos estrés y más felicidad tomando estas vitaminas”, “Haz que tu vida sea más eficiente”, “¿Estás solo/a? Apúntate ya para un amor duradero”.

Por otra parte, ¿acaso no puede ser que los pastores tengan parte de la culpa? Probablemente. Pregúntale a cualquier pastor reformado cuánto tiempo dedica, a la hora de preparar sus predicaciones, a hacer exégesis del texto, comparado con el tiempo que dedica a pensar sobre la aplicación bíblica. Con demasiada frecuencia la aplicación se queda en el camino; se vuelve muy trillada y se añade al sermón como un apéndice. Pero ¿a qué precio?

Otros pastores evangélicos se enfrentan una y otra vez al problema opuesto: la aplicación en sus predicaciones es débil porque no la fundamentan en el texto bíblico. Hay demasiados pastores que ven principios de liderazgo en Nehemías mucho antes de dedicar tiempo a luchar con el texto bíblico.

Andreas Kostenberger ha afirmado que la aplicación bíblica es "la parte más crucial, aunque la más difícil, del proceso de interpretación" [1]. Precisamente por ser tan difícil, los pastores no consiguen predicar sermones con aplicación robusta, controlada por el texto.

Las personas que no sepan cómo aplicar el evangelio a los detalles cotidianos de sus vidas nunca crecerán en su amor por Cristo.

Ahí lo tienes. Pastor, esta es tu llamada a despertar. Si no enseñas a tu gente aplicación bíblica, no habrás pastoreado al rebaño de manera adecuada.

EL FRACASO DEL MIEMBRO DE LA IGLESIA: DESCUIDAR LA SANTIFICACIÓN RELACIONAL

Puestos a repartir la culpa, dejadme que incluya también a los miembros de las iglesias. Como cristianos, deseamos ser fervientes evangelistas, y con razón. Pero una vez que hemos conseguido que la gente haya entrado por la puerta principal de la iglesia, con demasiada frecuencia sentimos que ya hemos cumplido con nuestro trabajo. Pocas veces nos preocupa el bienestar espiritual a largo plazo de los demás creyentes en nuestras iglesias.

Quiero sugerir que una de las cosas más importantes que los miembros de las iglesias pueden hacer con su tiempo es lo que yo llamaría "la santificación relacional". Fíjate lo que escribió recientemente un amigo mío (Greg):

> "He llegado a depender de las relaciones que tengo en mi iglesia. Las necesito, y cuando no puedo beneficiarme de ellas de forma regular, las echo en falta. Las vacaciones me matan. Sí, son divertidas, es cierto, pero después de una semana o dos, me doy cuenta —y me duele— de que falta algo en mi vida (y son las relaciones en mi iglesia). Esas personas me mantienen responsable; me ayudan a pensar, me ayudan a dirigir y me ayudan a amar a mi esposa y a mi hijo. En fin, me ayudan a ser una persona mejor. Creo que fue la intención de Dios que funcionara así. Su pueblo se agolpa, unos con otros y, a través del calor y de la presión de esas interacciones, nos da forma y nos moldea para que nos parezcamos a Cristo. Pues, no creo que haya muchas iglesias allí fuera que estén experimentando esa clase de santificación relacional. Me temo que la mayoría de las iglesias simplemente se reúnen para un culto de adoración una vez o dos a la semana, y que cualquier cosa más que eso se consideraría simplemente una pérdida de tiempo. Quiero enseñar a una iglesia cómo tener comunión los unos con los otros y, luego, a través de esa comunión, cómo animarse los unos a los otros a vivir vidas que le glorifiquen a Cristo, llevando las cargas y los dolores los unos de los otros, compartiendo las alegrías los unos de los otros, reprendiéndose y amonestándose los unos a los otros cuando sea necesario".

¡Me encanta cómo Greg dice que las vacaciones “le matan”! No es algo que se oiga muy a menudo, incluso de creyentes. Pero Greg echa en falta a la iglesia; a la gente, las relaciones.

La parte que más me gusta de este párrafo es la parte justo en el medio: “Su pueblo se agolpa unos con otros, y, a través del calor y de la presión de esas interacciones, nos da forma y nos moldea para que nos parezcamos a Cristo”. ¡Da en el clavo! La intención de Dios para nosotros es que que vivamos nuestras vidas juntos; agudizándonos unos a otros, sirviéndonos unos a otros, exhortándonos unos a otros, reprendiéndonos unos a otros, amándonos unos a otros, etc.

La gente muchas veces no quiere hacer el duro trabajo de hacer discípulos porque es algo costoso. Requiere tiempo que no tenemos para dar. Además, las relaciones son invasivas. Para hacer un discípulo tú mismo tienes que ser vulnerable y tienes que preguntar cosas sobre la vida de otra persona. Todo eso implica tener que tratar los detalles desordenados de la vida: el sufrimiento, los altibajos emocionales, las luchas, las dudas, los desastres financieros, los desastres de ser padres, etc.

Tal vez digas: “Tengo bastante con mis problemas, ¿por qué voy a querer ensuciarme con los problemas ajenos?”

Aquellos cristianos que no viertan sus vidas en otras personas no deberían extrañarse de ver que otros creyentes rara vez crezcan en su amor por Cristo.

Pues, ahí lo tienes. Si tú —como miembro de iglesia— descuidas el invertir en otras personas de tu iglesia, has dejado de seguir de manera adecuada la exhortación de Cristo de ir, hacer discípulos y enseñarles a obedecer todo lo que él mandó.

LA SUFICIENCIA DE LAS ESCRITURAS

No hace falta que seas un ingeniero aeronáutico para que entiendas lo que voy a decir ahora. El discipulado cristiano tiene que ver con enseñar a otras personas a aplicar las verdades del evangelio a todas las áreas de sus vidas. Los pastores deberían hacerlo en sus sermones, y los miembros deberían hacerlo en sus relaciones los unos con los otros.

El discipulado está arraigado ante todo en la suficiencia de las Escrituras. Decir que algo es suficiente es decir que tiene todo lo que necesita para poder hacer aquello que es su intención hacer. La Biblia dice de sí misma que nunca volverá vacía y que logrará hacer todo aquello que se propone hacer: “Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Is. 55:11).

Además, la Biblia es suficiente como nuestra guía para la salvación y para una vida piadosa; por cuanto su alcance lo abarca todo, provee todo lo necesario para definir y tratar toda la gama de los problemas de la vida, al guiar y definir lo que creemos, cómo pensamos, lo que decimos y cómo nos comportamos.

La Biblia lo abarca todo y nos provee de una perspectiva global cristocéntrica que capacita a hombres y a mujeres caídos para poder ver todo en el mundo desde la perspectiva de Dios. En su Institución de la Religión Cristiana, Juan Calvino describió esta perspectiva global por medio de la analogía de las gafas:

> “Si pones un hermosísimo tomo delante de unos hombres ancianos o de vista cansada, o que no ven bien, aun si lo reconocen como algún tipo de escritura, apenas podrán juntar dos palabras, sin embargo

> con la ayuda de unas gafas empezarán a leerlo bien. Así también las Escrituras, recogiendo en nuestras mentes el conocimiento de Dios que de otro modo quedaría confuso, habiendo despedido nuestra torpeza, claramente nos muestran al Dios verdadero".

La vida cristiana está llena de sufrimiento físico, de altibajos emocionales, de tiempos de sequedad espiritual y de otras muchas luchas. Con cada lucha los cristianos se enfrentan a una decisión: ¿recurriré al mundo en busca de ayuda, o dejaré que la Biblia hable a mi vida? Cada vez que un cristiano recurre a cualquier cosa que no sea la Biblia en busca de ayuda, no confía en la suficiencia de las Escrituras. Demuestra creer que la Biblia no abarca lo suficiente como para poder enfrentarse a los detalles prácticos de su situación en particular. Cuando quiere ir más allá de lo que dicen las Escrituras, demuestra "no quedarse satisfecho con lo que Dios ha dado, lo cual equivale a decir, por lo menos de manera implícita, que Dios no lo dejó lo suficientemente claro, o que él necesita nuestra ayuda para poder llevar a su pueblo a la justicia" [2].

Oigamos de nuevo a Juan Calvino:

> "Si este pensamiento prevalece en nosotros, que la Palabra del Señor es el único camino que nos puede guiar en nuestra búsqueda de todo lo que es lícito creer acerca de él, y que es la única luz que puede iluminar nuestra visión de todo aquello que de él debemos ver, ella será presta para guardarnos y frenarnos de toda temeridad. Porque sabremos que en el momento cuando nos saltemos los límites de la Palabra, nuestro rumbo quedará fuera de la senda y en las tinieblas, donde, inevitablemente, acabaremos vagando, resbalándonos y tropezando una y otra vez".

Si las Escrituras son adecuadas para la vida cristiana, no hay ninguna necesidad de "saltarnos los límites de la Palabra". Al hacerlo el cristiano se pone a sí mismo en peligro. Ya que la Palabra de Dios es suficiente, entonces deberíamos enseñar a los creyentes a recurrir a las Escrituras como su principal fuente de fuerzas y de consuelo. Deberíamos ayudar a los creyentes a *atarse* a la Palabra de Dios.

UN PASEO POR LA VIDA COTIDIANA

El discipulado cristiano ayuda a la gente a encontrarse cara a cara con Cristo en las páginas de las Escrituras. Conforme las personas van creciendo en su amor por Cristo, llegan a ver cómo el evangelio —la buena noticia acerca de Jesucristo— transforma la manera como deben vivir.

Entonces, ¿qué pasa con "José cristiano" y con "Susana Cristiana"? ¿De qué manera podrían ser diferentes sus soluciones si realmente recurriesen a las Escrituras en primer lugar? ¿Qué pasaría si viviesen como si el evangelio fuese pertinente a todos los aspectos de sus vidas?

El jefe de Jonatán estaba participando en prácticas empresariales nada éticas. Jonatán se da cuenta de que en el último día todo corazón quedará al descubierto ante un Dios justo (Ro. 2:16). Ya no teme más a su jefe; en vez de eso teme a Dios, y eso le libera para que pueda hacer lo correcto (Pr. 1:7).

A Pedro se le ha diagnosticado que está en la primera fase de la enfermedad de Parkinson, pero él sabe que su verdadero tesoro no pertenece a este mundo. El sufrimiento ayuda a Pedro a no confiar ni en sí mismo ni en el mundo, sino solo en Dios (2 Co. 1:8 y 9). También sabe que el sufrimiento hace madurar a los cristianos para que lleguen a ser un pueblo piadoso que el Señor va moldeando para sí mismo (Stg. 1:2-4).

El hijo de Susana no le escucha. Ella se da cuenta de que su hijo tiene que aprender a vivir en obediencia a Dios (Ef. 6:1-3). Ella tendrá que enseñarle a vivir bajo una autoridad piadosa (He. 12:5-6) y tendrá que disciplinarle con el fin de salvar su alma de la muerte (Pr. 23:14).

La esposa de David quiere poner fin a su difícil matrimonio. David se da cuenta de que su propio orgullo ha estropeado por completo la capacidad de su esposa de seguir su liderazgo (Pr. 16:18). David confiesa su pecado a Dios (Sal. 51:4) y busca el perdón de su esposa. La esposa de David le puede perdonar solo porque Dios la ha perdonado a ella a través de la muerte de su Hijo (Col. 3:13).

El novio de Julia quiere tener relaciones sexuales con ella antes de que se casen. Julia encuentra su confianza en Dios, y no en ninguna relación (Pr. 3:25-26). Su deseo de vivir como Cristo la llama a una vida de santidad y de pureza (Lv. 11:45) que la deja sin otra alternativa (tendrá que cortar con un novio que es hipócrita).

¡Fíjate lo hermosa que llega a ser la vida cristiana cuando la gente toma decisiones radicalmente moldeadas por la Palabra de Dios! Vamos, reconócelo, pastor, quisieras que tu gente viviese de esta manera. Espero que no estés desanimado por el hecho de que todavía no viven de esta forma. ¡Pueden llegar a hacerlo, ya que con Dios no hay nada imposible!

Pídele a Dios ahora mismo que te ayude a ser un expositor más fiel de su Palabra. Pídele que te enseñe cómo predicar con una robusta aplicación bíblica, fundamentada en el texto bíblico.

Pídele a Dios que levante miembros de tu iglesia que encuentren gran gozo en hacer discípulos. Ora para que nunca se queden satisfechos ante la apatía espiritual de otras personas. Ora para que estén dispuestos a hacer el sacrificado trabajo de invertir en otras personas.

Tu misión está clara: Ir, hacer discípulos y enseñarles a obedecer. Y si lo haces, espero que encuentres una cosecha de justicia que crezca más allá de tus sueños más inimaginables.

[1] Andreas Kostenberger, *Application: The Hardest Part in Interpretation* (La aplicación: la parte más difícil de la interpretación), 27 de Octubre, 2006, www.biblicalfoundations.org

[2] Joe Thorn, *Thoughts on Sufficiency* (Reflexiones sobre la suficiencia), 8 de Agosto, 2006, www.joethorn.net. Nuevamente estoy en deuda con *Thoughts on Sufficiency*, de Joe Thorn, que apunta esta útil cita de Calvino.

ACERCA DEL AUTOR:

Deepak Reju forma parte del personal de *Capitol Hill Baptist Church*, como pastor de familias y de consejería bíblica.

Por Israel Haas

La predicación: aplicando la Palabra de Dios a los adultos y en adelante

Tal vez eres como yo. Tengo 29 años, y cada domingo predico a personas décadas mayores que yo. Estamos separados por un mundo. Yo vivo en el mundo informal de la generación X, prefiriendo sandalias, bermudas y camisetas (aun en la adoración del domingo por la mañana). Pero predico a gente que prefiere pantalones, zapatos brillantes y corbata. Respiro Google, YouTube, iPods y MP3. Pero predico a gente que necesita que sus nietos tengan el control para manejar el reproductor de DVD. Soy sano y fuerte (relativamente). Pero predico a gente que se pregunta si verán su próximo cumpleaños. Estoy al principio de mi carrera y sueño con posibilidades tan grandes como el cielo de Montana. Pero predico a gente que ha estado ahí, que ya lo han hecho, y ahora miran atrás.

Quiero tender un puente sobre la brecha. Quiero conectar la Biblia con su mundo. Quiero entrar en sus vidas, responder a sus necesidades, alimentarles de una manera apropiada a su situación, amonestarles y animarles con fuerza paciente y amorosa. Sin embargo, ¿cómo puedo hacer esto siendo un muchacho de 29 años?

Gracias a Dios por Paul David Tripp y Deborah Howard. Sus libros me llevaron como en una máquina del tiempo a lo que son para mí otros mundos de la edad adulta en adelante. Lo que descubrí ahí fue extrañamente familiar.

LA MITAD DE LA VIDA Y LA GRACIA DE DIOS

Paul David Tripp sabe acerca de los desafíos de la mitad de la vida. La realidad de que “ya no soy joven” ya le ha golpeado en la cara y le cambió para siempre. Con una vulnerabilidad iluminadora, Tripp abre su vida como un ejemplo de cómo navegar por los años del ecuador de la vida. Como pastor veterano, consejero, y conferenciante, la reflexión de Tripp —centrada en Dios, saturada de la Biblia y culturalmente sensible— sobre su propia experiencia da credibilidad y poder a su diagnóstico y solución para los asuntos de la fase media de la vida. Primero, Paul arraiga a sus lectores en la realidad de la gran historia redentora de Dios plasmada en las páginas de la Escritura. Entonces, con una gran variedad de ejemplos de la vida real, los lleva a través de la crisis de los cuarenta: qué es, por qué ocurre y cómo podemos responder a sus desafíos.

EL TRAYECTO FINAL DE LA VIDA

Viajar en el tiempo con Deborah Howard a los días finales de la vida fue igualmente esclarecedor. Howard es enfermera en un hospital para enfermos terminales, por tanto la muerte es una realidad diaria para ella. Además, Deborah es una cristiana bien fundada bíblicamente, pensativa y, sin ningún tipo de complejo, reformada. Con un estilo de conversación cautivador, Howard muestra con gran detalle desde las Escrituras que Dios es soberano sobre la creación, la salvación y el sufrimiento. La sección final de su libro está llena del debate del estado eterno, disipando malas concepciones acerca de la vida después de la muerte y pintando un cuadro de hacia dónde la muerte lleva al creyente y al no creyente. Intensos ejemplos enfatizan la importancia de abarcar estas realidades y describe el proceso por el cual la persona viene a experimentar la vida eterna y la verdad transformadora de la soberanía de Dios en todas las cosas. Deborah se basa también en su formación médica para ayudar al lector a familiarizarse con los síntomas físicos de la muerte, las consideraciones legales alrededor del fallecimiento, y el mundo de los cuidados en los centros de pacientes terminales.

PREDICANDO HACIA ARRIBA EN LA ESCALERA DE LA EDAD

Pero, ¿qué tiene que ver esto con predicar? Al fin y al cabo, después de haber leído los libros, aún tengo que preparar sermones. ¿Cómo puedo con 29 años aplicar la Palabra de Dios de una manera que ministre a aquellos en mi congregación que están a la mitad o al final de sus vidas?

Tal vez la respuesta no sea tan difícil como pensaba antes. Cuando entré en el mundo único de los años adultos en adelante, me quedé impactado no tanto por las diferencias, sino por las similitudes de las experiencias de la gente a través del abanico de edades. Los seis temas que Tripp y Howard dirigieron a los adultos y a los adultos mayores se pueden aplicar a toda persona en cualquier etapa de la vida. Es por esto que estoy convencido de que necesito continuar predicando acerca de esos temas semana tras semana. Por cierto, la predicación expositiva libro por libro seguramente tocará uno de esos temas cada domingo, ya que cada texto de la Biblia argumentativamente trata alguno de ellos. Solo un pensamiento.

Primero, necesito continuar predicando sobre la soberanía de Dios. Como Tripp explica, solo cuando el creyente acepta la soberanía de Dios sobre los detalles más pequeños de la vida, entonces andará en el descanso y el gozo que Dios quiere que experimente. Howard está de acuerdo. Aunque esté rodeada cada día de trágico sufrimiento y muerte, enfatiza una verdad más que ninguna otra: Dios controla cada cosa en el universo, aun “cuando la luz del semáforo cambia a verde o rojo al aproximarnos a la intersección” [1].

Segundo, necesito continuar predicando sobre el sufrimiento. Envejecer intensifica el sufrimiento que sentimos y vemos, ya sea el dolor del remordimiento, las articulaciones atrofiadas, o la perdida de los seres queridos. Por tanto, es vital recordarnos los unos a los otros acerca de los propósitos purificadores de Dios en el sufrimiento. Tripp y Howard dedican mucho espacio a este tema. Hermanos, debemos predicar a los nuestros las bendiciones del sufrimiento (para el beneficio de sus almas). El sufrimiento es un mal terrible que debemos detestar y confrontar, pero también debemos aceptarlo como una de las armas más poderosas de Dios para moldearnos a la imagen de Cristo.

Tercero, necesito continuar predicando acerca de la idolatría. Aunque la mayoría de los americanos no se postran ante ídolos conscientemente, el enorme pecado de la idolatría sigue abundando (a menudo bajo la apariencia de espiritualidad). La madurez —como Tripp dice— derrumba la fachada que esconde el becerro de oro en nuestros corazones. Como un predicador joven, puedo aplicar la Palabra a aquellos grupos de mayor edad y hacer que la luz de la ley de Dios brille sobre sus ídolos: salud, juventud, riquezas, apariencia, posesiones, relaciones, hijos, prestigio, vecindario, carrera, comida, aplausos, casa, coches, aventuras,

vacaciones, y el engaño del control. Predicar acerca de la idolatría a la gente adulta y en adelante puede tener un efecto transformador, ya que el envejecimiento expone la incapacidad de estos ídolos para cumplir sus promesas y revela la continua presencia interior de pecado aun en el creyente con muchos años en la fe.

Cuarto, necesito seguir predicando acerca de la muerte, como un predicador joven que soy ministrando a gente mayor que yo. La mayoría de los mortales intentan ignorar los pensamientos acerca de la muerte. En su lugar, nos distraemos de la realidad con "ilusiones de invencibilidad", como dice Tripp [2]. Jonathan Edwards reconoce esta tendencia destructiva y como resultado tomó la decisión de "en toda oportunidad pensar mucho en mi propia muerte, y en las circunstancias comunes que la acompañan". Ciertamente, Deborah Howard consideraría la muerte como un tema fructífero para meditar. Ella escribe: "Es de vital importancia que nos preparemos espiritualmente antes de enfermar, antes de encontrarnos en un accidente de automóvil o en una explosión que nos cueste la vida, antes de pasar a través de la puerta que lleva a la eternidad (a una eternidad en el infierno o en el cielo)" [3].

No obstante, necesito predicar no solo acerca del momento de la muerte, sino que también acerca del proceso de morir. Tanto la ignorancia sobre los síntomas físicos de la muerte y la escatología demasiado presente del evangelio de la sanidad y la prosperidad han hecho que para muchos cristianos sea muy difícil aceptar que un día morirán. En lugar de aceptar el proceso de morir, se adhieren a la vida terrenal con una fuerza idólatra. Mark Dever pone su dedo en este problema en un artículo reciente: "Nuestra reticencia a cantar el domingo en la iglesia acerca de la tumba solo revela cuántas esperanzas hemos puesto en esta vida (y no deseamos concebirlas como perdidas). Nuestros tesoros han sido puestos en este mundo de forma excesiva" [4].

Quinto, necesito seguir predicando acerca de la esperanza del cielo. Howard nos recuerda que como cristianos deberíamos ser consumidos con pensamientos y anhelos del cielo [5]. Cuando pensamos en las cosas celestiales, entonces la insatisfacción, el desánimo, el lamento y la desorientación de nuestros últimos años producen gozo.

Finalmente, necesito continuar predicando acerca de la nueva identidad que está en Cristo. El consejo de Tripp muestra que predicar sobre la identidad del creyente en Cristo no es solo para bebés cristianos. Él observa que las crisis de la madurez proviene a menudo de la "amnesia de identidad" o algo peor, del "reemplazo de identidad" [6]. Una madre de mediana edad, por ejemplo, se deprime y se desorienta porque sus hijos adolescentes se rebelan contra el molde con el cual ella intenta darles forma. O un hombre de negocios en sus cuarenta vive para el éxito que ha obtenido, estando tan ocupado que descuida a su familia y su vida espiritual. Nosotros que estamos en Cristo fácilmente olvidamos que nuestra identidad no proviene de nuestro trabajo, lugar de residencia, título, género, edad, familia o apariencia. No solo son los nuevos cristianos quienes necesitan recordatorios frecuentes de que son nuevas criaturas, que ya no viven para ellos mismos, y que Cristo vive en ellos [7]. Encontrar en Cristo la identidad propia aliviará el dolor del rechazo, cortará la raíz del orgullo, secará el pozo cenagoso del abatimiento, clarificará la confusión de los años adultos y producirá fruto que durará por la eternidad.

Tengo 29 años. ¿Puedo aplicar las Escrituras de una forma efectiva a las vidas de personas que me doblan en edad y que viven en un mundo sin YouTube, ni iPods, ni sueños tan grandes como el cielo de Montana? Sí. Al final todos estos mundos no son tan diferentes. Ya sean 29, 49 u 89, la raíz de los problemas es la misma al igual que la solución. Morir a uno mismo. Morir a nuestros sueños. Morir a las mentiras de nuestra cultura. Morir a las apariencias de tu control. Morir a la perniciosa idolatría del éxito, de las apariencias y del aplauso. Vivir para Dios. Vivir para su gloria. Vivir en la luz de su Palabra. Vivir en el poder de su Espíritu. Vivir de forma sumisa bajo su control y de acuerdo a su voluntad. Vivir para el deleite de su presencia eterna. Hermanos, prediquen esto, ¡a cualquiera en cualquier edad!

[1] Howard, Sunsets, 72.

[2] Tripp, Lost, 81-82.

[3] Howard, Sunsets, 182.

[4] Mark Dever, http://blog.t4g.org/, “Completely Unavoidable Optimism” (Optimismo que no se puede evitar) publicado en Feb. 22, 2007, accesible en Mar 01, 2007.

[5] Howard, Sunsets, 183.

[6] Tripp, Lost, 268.

[7] 2 Corintios 5:17 y Gálatas 2:20.

ACERCA DEL AUTOR:

Israel Haas es el pastor de *Community Church* en Stevens Point, Wisconsin

Por Aaron Menikoff

Predica al no creyente, al cristiano y al miembro de iglesia

¿A quiénes predican los predicadores? Hace poco saqué varios libros de la estantería acerca de la predicación y descubrí que esta pregunta casi no se trata. Los predicadores parecen estar mucho más preocupados por pulir su estilo.

Aun así, algunos pastores prestan atención a la audiencia y tienden a concentrarse en dos segmentos de la población: los que no van a la iglesia y los postmodernos. El presidente de Gordon-Conwell, James Emery White, pastor de la *Mecklenburg Community Church* en Charlotte, Carolina del Norte, dijo una vez que él apunta explícitamente a los incrédulos. Lo dijo de esta forma en una entrevista en 1999:

> "Mecklenburg es una iglesia que tiene como objetivo a aquellos que están buscando, una iglesia que fue iniciada [para]… centrarse en alcanzar a la gente que no va a la iglesia. Con lo de tener como objetivo a aquellos que están buscando, quiero decir obviamente que los puntos de entrada de la iglesia están diseñados para la gente que no suele ir a la iglesia. De alguna manera podemos entrarles cuando están en modo de búsqueda, o intentamos ayudarles para que lleguen a ser buscadores activos, ya que no todo aquel que no va a la iglesia está buscando" [2].

Dado que el sermón es uno de estos "puntos de entrada", White ha seguido el ejemplo de hombres como Bill Hybels, Bob Russell, y Rick Warren, quienes se han diferenciado de otros predicadores en su habilidad para hablar a los que no van a la iglesia [2].

Otro grupo de escritores enfatizan la importancia de predicar a los de mente postmoderna. El ex pastor Brian McLaren ha dicho que el fijarse en la aversión postmoderna hacia la teatralidad y el análisis detallado, junto con su inclinación a la autenticidad y la narrativa, comenzó a afectar su predicación en 2001. Ahora, la narrativa y la autenticidad son aspectos centrales en su predicación [3].

Estos dos ejemplos hacen que algunos de nosotros nos pongamos nerviosos. Cuando un predicador va demasiado lejos en adaptarse a su audiencia el mensaje mismo queda comprometido, como ha sido el caso en la iglesia emergente y en aquellas congregaciones enfocadas en los que buscan.

Sugiero a los pastores predicar con tres tipos de personas en mente.

PREDICA AL INCONVERSO

Siempre es bueno considerar a los no creyentes en el sermón del domingo por la mañana, incluso si tu iglesia es pequeña y no hay no creyentes presentes. Mi iglesia no es grande, pero todavía asumo que algunas personas sentadas en los bancos no conocen a Cristo. Algunos de ellos son cristianos nominales que pueden haber profesado a Cristo y haber estado en la iglesia por años, pero que todavía necesitan que el nuevo nacimiento traiga vida real. Otros son no creyentes profesantes que han sido invitados por nuestros miembros. Aun otros han entrado de la calle en respuesta a una tarjeta de la iglesia, a un boletín, al sitio web, o al edificio mismo. En otras palabras, los no creyentes siempre vendrán.

¿Entonces qué?

Deja claro el evangelio

Es la responsabilidad del predicador dejar claro el evangelio cuando abre la Palabra de Dios. Pablo escribió:

> "Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación" (Ro. 10:9-10).

Somos —al fin y al cabo— ministros del evangelio. El evangelio no tiene por qué sonar igual en cada sermón. Pero sea como sea explicado, el pastor debería preguntarse en referencia al pasaje: "¿Cómo apunta al evangelio?" Incluso los no creyentes pueden reconocer la diferencia entre un sermón centrado en el evangelio y un sermón con el evangelio metido al final.

Mi iglesia está cerca de un seminario, y tenemos muchos hombres entrenándose para ser pastores que preguntan a menudo: "¿Debería el evangelio estar en todos los sermones?" La respuesta es *sí* por al menos dos motivos. Primero, porque el evangelio da sentido a cada texto de las Escrituras desde Génesis hasta Apocalipsis. Segundo, porque los inconversos necesitan saber qué significa "si confesares con tu boca que Jesús es el Señor y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos" (¡Los cristianos necesitan escucharlo una y otra vez, también, para crecer en la fe!). Incluso si el incrédulo ha oído el evangelio docenas de veces, Dios lo trajo ante mí como predicador hoy. Así que quiero que el evangelio desafíe una vez más su entendimiento del mundo, del pecado y de la salvación.

Dejar claro el evangelio es una de las cosas más importantes que puedo hacer como pastor.

Predica expositivamente

Los pastores que son sensibles a la presencia de los no creyentes les servirán mejor si predican expositivamente. Los no creyentes quieren saber por qué creemos lo que creemos. Puesto que nuestra doctrina y nuestra vida están fundadas en la Palabra de Dios, servimos mejor al que no viene a la iglesia dirigiéndole a las Escrituras de forma honesta, fiel y clara, tal y como hacemos con los cristianos.

Hay actualmente un movimiento de escritores y líderes de iglesia que dice que la mente postmoderna —ya sea de gente de iglesia o no— responde mejor a la *predicación narrativa*. Dicen que la gente quiere historias. Bien, me gustan las historias. La predicación expositiva debería proporcionar a los que no van a la iglesia la historia de la Biblia, lo cual al mismo tiempo proporciona la historia de la obra de Dios con la humanidad, lo que a su vez proporciona una historia para sus propias vidas. Los pastores no solamente deberían trabajar a través de toda la Palabra cuando predican expositivamente, sino que deberían hacerlo con la mentalidad de dar a sus oyentes *la foto grande de Dios*. ¡Esto sí es predicar a los que están buscando! [4]

El mismo movimiento dice que la mente postmoderna valora la autenticidad. Bien, también me gusta la autenticidad. Es una excusa perfecta para predicar expositivamente. Centrémonos menos en el envoltorio y más en el mensaje: ¿Qué dijo Jesús? ¿Qué profetizó Isaías? ¿Qué escribió Pablo? ¿Y qué tienen que ver las respuestas a estas preguntas con nosotros hoy? Esto es lo que los inconversos que aparecen en nuestras iglesias quieren (verdad bíblica sin adornos). Que después estén de acuerdo o no con esa verdad es algo entre ellos y Dios, pero lo que nosotros predicamos no es algo que pueda quedarse en el aire [5].

Llega a los inconversos

Hay varias cosas que podemos hacer para que nuestros sermones sean evangelísticos. Identificar los números grandes y pequeños como las divisiones de capítulos y versículos es útil para aquellos que no suelen asistir a la iglesia. También es de utilidad decirles que usen el índice de libros de la Biblia. ¡Qué palabra más confortante para el visitante no convertido cuando ve que todos a su alrededor parecen encontrar rápidamente Abdías!

Las introducciones provocativas de un sermón también ayudan a construir un puente para el no creyente explicando la relevancia del texto que está a punto de ser expuesto. Por ejemplo, el último domingo de Semana Santa prediqué sobre Lucas 5:33-39, donde los fariseos están sorprendidos de que los discípulos de Jesús no estén ayunando. Jesús responde observando que los invitados a la boda no ayunan cuando el novio está presente, y entonces relata la parábola de echar vino nuevo en odres viejos. Titulé el sermón: “¿Son los cristianos más felices?” Esta introducción fue una oportunidad para explicar que el gozo verdadero, duradero y que cambia la vida es estar en la presencia del novio resucitado, Jesucristo. ¿Fueron los cristianos ayudados por esta introducción? Eso espero, pero vi esos dos o tres minutos como una oportunidad especial para alcanzar a los inconversos que pudieran necesitar una guía adicional para entender por qué nos juntamos en torno a la Palabra de Dios.

Todas estas “pequeñas” prácticas tienen también un efecto acumulativo en la congregación. Cuando los creyentes observan que el púlpito es amigable con el inconverso, hay más posibilidades de que traigan a sus amigos no creyentes. Es un error pensar que estar centrados en el evangelio significa que no podemos ser sensibles a aquellos que están buscando.

PREDICA A LOS CONVERTIDOS

Si bien predicar a los no creyentes es importante, la labor principal del predicador en el Día del Señor es apuntar a los cristianos. Su finalidad es edificar la iglesia local y la iglesia debe escuchar, lista y dispuesta para someterse a Cristo como la cabeza de la iglesia. Esta es nuestra “audiencia” principal. Así, en mi propia preparación del sermón, principalmente tengo al convertido en mente.

¿Cómo debería el predicador dirigirse al cristiano?

Reprende y corrige a los cristianos

Sabemos por Juan que el pecado persiste en la vida del creyente: “Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1 Jn. 1:10). Hay como un aguijón en este versículo, como si Juan supiera que los creyentes son tentados a minimizar su pecado, a elevar su santificación y a negar al Señor. Además, Pablo escribió: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Ti. 3:16). Así, cuando un pastor está predicando a los cristianos, la verdad de la Palabra de Dios necesariamente amonestará y corregirá.

Ningún pastor quiere ser conocido por derribar a los cristianos. Sí, la fidelidad a las Escrituras requiere que un hombre amoneste a su debido tiempo. Esta es una razón por la que el llamado a predicar no debería ser aceptado a la ligera. Ser fiel a esta tarea requiere que nos preguntemos sobre cada texto que predicamos: ¿Cómo amonesta o desafía este pasaje al cristiano? ¿Está reprobando la falta de oración, el chisme, la idolatría? La respuesta podría sacarse de la congregación local de un pastor o de lo que es aplicable a todos los cristianos. De cualquier forma, la predicación sin amonestación y sin corrección no puede ser una predicación completamente bíblica.

Sustenta y anima a los cristianos

Afortunadamente, predicar a los convertidos significa más que amonestación y corrección. Significa trabajar para sustentar y animar a los creyentes con la Palabra de Dios. El creyente depende totalmente de la Palabra. Como Jesús dijo: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt. 4:4; Dt. 8:3). Esto significa que cuando el cristiano viene al sermón, está viniendo a ser nutrido por palabras de vida.

Por supuesto que el creyente puede alimentarse de la Palabra de Dios durante otros momentos de la semana, pero la predicación juega un papel central en su sustento. Considera Tito 1:1-3 donde Pablo describe cómo la vida eterna es manifestada en la Palabra de Dios mediante la predicación. Los cristianos son nutridos y sustentados por los sermones. Una pregunta para cada texto es: “¿Cómo esto sustenta, levanta o anima al cristiano?”

Pocas cosas me animan más en mi propio ministerio de predicación que esto: la iglesia se junta porque necesita la vida dada por la Palabra predicada, ¡no porque me necesiten a mí! Simplemente esta es la tarea que se me ha encomendado, la comida espiritual que tengo que preparar. ¡Qué privilegio ser usado por Dios para sustentar, nutrir y edificar a su pueblo con su Palabra!

Santifica y fortalece a los cristianos

El Hijo oró para que los hijos del Padre fueran santificados y hechos más como Cristo. Jesús sabía que sus seguidores experimentarían todo tipo de sufrimientos y menosprecio porque recibieron su palabra (Jn. 17:14), pero él no oró para que fueran sacados del mundo. Más bien, oró para que fueran santificados. ¿Cómo serían los cristianos hechos más santos? Jesús oró: “Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad” (Jn. 17:17). El mensaje de Dios santificaría a los hijos de Dios. Los cristianos son santificados mediante la comprensión y la aplicación de la buena noticia y de toda la Biblia a sus vidas (2 Ti. 3:17). La Palabra santa hace gente santa.

Por supuesto, la santificación es principalmente una obra de Dios. Él es quien trabaja en la vida del creyente (Fil. 2:13; He. 13:20-21) y quien asegura que los cristianos tengan todo lo que necesitan para darle gloria y honor. Esto es exactamente lo que ocurre cuando trae a los santos para que se junten a escuchar las verdades de su Palabra. No es sorprendente que sean estimulados “al amor y a las buenas obras” (He. 10:24).

Los predicadores tienen la gloriosa oportunidad de ser usados en las vidas de los pecadores para fortalecerles en la tarea de caminar la vida cristiana. En el Salmo 1, el hombre bienaventurado que se deleita en la ley de Dios se compara a un árbol plantado junto a corrientes de aguas, un árbol fuerte y lleno de frutos. La analogía no es difícil de entender. El cristiano lleva fruto y es fuerte cuando se alimenta y se deleita en la ley del Señor. Los sermones juegan un papel en dirigir al cristiano a meditar en la ley de Dios. Aunque el predicador no puede hacer hombres bendecidos —¡afortunadamente este es el trabajo de Dios y su Espíritu!—, sí que tiene el privilegio de alimentar al pueblo de Dios con la Palabra de Dios. El predicador puede ser como esas corrientes de aguas, entregando fielmente la Palabra de Dios y fortaleciendo ese árbol semana tras semana, mes tras mes, año tras año.

A diferencia del contable que ve los libros de cuentas a fin de mes, o del gerente que supervisa la empresa, ¿quién sabe si el predicador llegará a ver los frutos de las vidas cambiadas? ¡Los corazones que son tocados! El mejor trabajo del pastor no puede ser medido a este lado del cielo. Tal fruto no se puede recoger en cestas. No obstante, el fruto está ahí. La Palabra de Dios predicada, por su gracia, santifica y fortalece al pecador y lo prepara para sus propias obras de gracia.

Desafía y haz crecer a los cristianos

Los discípulos necesitan crecer en su entendimiento e interpretación de las Escrituras. Tienden a ser demasiado negligentes en su ingestión de sermones, demasiado diferentes a aquellos bereanos de Hechos 17 que examinaban lo que oían para ver si era verdad. Una predicación expositiva sólida desafiará al discípulo dándole algo para pensar y examinar. Criticando la predicación superficial, James W. Alexander dijo una vez:

> "En estos sermones encontramos muchas verdades bíblicas valiosas, muchas ilustraciones originales y conmovedoras, mucho argumento sólido, exhortación punzante y gran unción. Consideradas en si mismas, y vistas como oraciones de púlpito, parece que no se les puede hacer ninguna objeción; no obstante, como exposiciones de las Escrituras, no son —literalmente— nada. No clarifican las dificultades de los argumentos de los autores inspirados, no dan una visión amplia del contexto del asunto en cuestión, podrían ser repetidas de por vida sin tender —ni al grado más bajo— a educar a la congregación en los hábitos de la sana interpretación" [6].

Los sermones que desafían y hacen crecer a los cristianos no tienen que ser pesados o difíciles de entender (¡tal predicación sería infiel y sin sentido en todo caso!). Aun así, los sermones que desafían y hacen crecer a los cristianos son aquellos sermones predicados por hombres que se han entregado al texto. Un pastor que invierte tiempo en la preparación del sermón casi no tiene que preguntar sobre el texto: "¿Cómo puede este pasaje desafiar o hacer crecer al cristiano?", así de orientada está la Palabra de Dios para cumplir el propósito de Dios para ella (Is. 54:10-11). Su esfuerzo dará fruto y la congregación recogerá la recompensa de su diligencia.

En mi iglesia batallamos para ser fieles a las Escrituras ya sea que prediquemos unos pocos versículos o un libro entero en unos cuantos sermones, tal y como hice recientemente con el libro de Job. Por primera vez en años, estudiantes de universidad vienen a la iglesia porque la predicación les desafía a crecer. Una pareja algo mayor me dijo que les gustaba venir porque podían tener conversaciones espirituales sobre el sermón a la hora de comer. No creo que nadie diría que estamos haciendo un gran trabajo comunicándonos con el mundo, y nadie diría que mi predicación es emocionante. Hay tanto margen de crecimiento. Pero por la gracia de Dios estamos abriendo la Palabra de Dios, y eso sí es emocionante ¡y cambia vidas!

Los cristianos están buscando predicación que sea fiel a la Biblia, lo cual significa predicación que incluye amonestación y corrección, sustento y ánimo, santificación y fuerza, desafío y crecimiento.

Ahora que hemos cubierto la predicación a no creyentes y a cristianos, éste parecería un lugar natural para terminar. Pero los predicadores necesitan ser sensibles a una categoría más: los miembros de la iglesia.

PREDICA A LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA COMO CUERPO

En la mayoría de iglesias, la mayor parte de la congregación incluye a aquellos hombres y mujeres que se han comprometido con el lugar, con el ministerio y los unos con los otros. ¿Debería importar esto a la hora de predicar? Yo creo que sí.

Pablo describió la congregación de los santos en Colosas como "asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios" (Col. 2:19). Estos no eran simples discípulos, eran discípulos arraigados en la iglesia de Colosas creciendo con un crecimiento que es de Dios. En Colosenses 3:15-16, Pablo continuó diciendo: "Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales". Pablo se dirigió a esta iglesia local como un cuerpo y les recordó que estarían unidos por la Palabra de Cristo. Esto ocurriría al juntarse para cantar las Escrituras y escuchar la Palabra predicada.

Pablo no se dirige aquí a los cristianos como cristianos individuales, sino como miembros de una iglesia particular. Sus encuentros trajeron unidad no porque estaban más cerca geográficamente, sino porque la Palabra de Cristo vino a habitar en ellos al compartir la misma enseñanza y admonición. Estaban bajo la misma autoridad porque reconocieron a Cristo como su cabeza.

Lo mismo es cierto en una iglesia local hoy, y uno de los medios para traer unidad a los miembros es mediante la predicación de la Palabra de Dios. Juan Calvino habló de esto al describir la labor del predicador. El predicador es alguien que trae unidad al cuerpo. Comentando Efesios 4 —una misma esperanza, un Señor, una fe, un bautismo— Calvino escribió:

> "En estas palabras Pablo muestra que el ministerio de los hombres que Dios usa para ordenar la iglesia es un vínculo vital para unir a los creyentes en un cuerpo… Él [Dios] trabaja así: distribuye sus dones en la Iglesia mediante sus ministros y así se muestra a si mismo presente allí, ejerciendo la energía de su Espíritu, y evita que se convierta en algo sin sentido y sin fruto. De esta manera los santos son renovados y el cuerpo de Cristo es edificado. Así crecemos en todas las cosas para Él quien es la Cabeza y unión los unos con los otros. De esta forma todos somos llevados a la unidad de Cristo, y por el tiempo que la profecía florezca daremos la bienvenida a sus siervos y no despreciaremos su doctrina. Cualquiera que intente deshacerse de este patrón de orden de Iglesia o que lo desprecie como de poca importancia, está planeando arruinar la Iglesia" [7].

¿Por qué hacer tanto énfasis en los miembros de la iglesia como un cuerpo cuando tantas iglesias están creciendo con tantos que no son miembros? Porque la Biblia enfatiza a aquellos individuos que son parte de la iglesia local, como podemos ver en las cartas del Nuevo Testamento. El cristianismo se vivió en el contexto de gente de diferentes trasfondos compartiendo el evangelio (eso era la iglesia). Esto tuvo implicaciones radicales. Como Pablo escribió: "De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan" (1 Co. 12:26). Esto es, arremángate, entra en la comunidad de los que se preocupan por la vida de los otros.

La predicación bíblica debería dirigirse regularmente a los cristianos no solo como individuos, sino como individuos que se han comprometido los unos con los otros como un cuerpo local particular. Pregunta sobre cada texto: "¿Cómo se aplica este pasaje a nuestra vida como comunidad de la fe?" Puede parecer raro dirigirnos solamente a los miembros de la iglesia, pero ¡que visión tan convincente de la iglesia para los que no suelen venir y para aquellos cristianos que eligen flirtear con la iglesia en lugar de comprometerse verdaderamente con ella! El pastor muestra su apreciación por aquellos cristianos que se han unido a la iglesia y, lo más importante, su amor por la Palabra de Dios que unió a los miembros de su iglesia, cuando se dirige a ellos directamente de forma colectiva en la predicación.

CONCLUSIÓN

Al meditar en la pregunta "¿A quién predica el predicador?" recuerdo las palabras de Peter Adam, pastor de *St. Jude*, Carlton, en Australia, quien escribió: "Si somos siervos de Dios y de Cristo, y siervos de su Palabra, entonces el llamado del predicador también es ser un siervo del pueblo de Dios" [8]. Sí, creo que el predicador debería ser sensible a los que no son de la iglesia. Pero si nos centramos solamente en los que no son de la iglesia, el mensaje puede perderse o diluirse de tal forma que el pueblo de Dios quede desnutrido. Este panorama no es nada bueno. Es importante predicar a los que no son de la iglesia, pero es más importante centrarse principalmente en los cristianos y recordar el valor de hablar regularmente a aquellos creyentes que se han comprometido con la iglesia local.

[1] "Preaching to the Unchurched: An interview with James Emery White" in Preaching with Power: Dynamic Insights from Twenty Top Communicators, ed. Michael Duduit (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2006), 227.

[2] Ibid., 230.

[3] "Preaching to Postmoderns: An interview with Brian McLaren" in Preaching with Power: Dynamic Insights from Twenty Top Communicators, ed. Michael Duduit (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2006), 126-27.

[4] Para ayudar a exponer este argumento, los predicadores expositivos encuentran útiles estos pequeños libros: The Symphony of Scripture: Making Sense of the Bible's Many Themes (1990) de Mark Strom; God's Big Picture: Tracing the Storyline of the Bible (2002) de Vaughan Roberts; y Gospel and Kingdom ahora disponible en The Goldsworthy Trilogy (2000). Estos libritos de teología bíblica pueden ayudar a una comunicación de la unidad de las Escrituras cuando se predica a través de la Biblia.

[5] Revisa el capítulo de Mark Dever sobre la predicación expositiva en *Nueve características de una iglesia saludable*.

[6] J.W. Alexander, Thoughts on Preaching (Carlisle, PA: Banner of Truth, Date), 239.

[7] John Calvin, The Institutes of the Christian Religion, ed. Toney Lane and Hilary Osborne (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1986), 245.

[8] Peter Adam, Speaking God's Words: A Practical Theology of Expository Preaching (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1996), 130.

ACERCA DEL AUTOR:

Aaron Menikoff es anciano en la *Third Avenue Baptist Church* en Louisville, Kentucky, escritor de *Kairos Journal*, un diario online para pastores, y colaborador de 9Marks.

Por Mark Dever

Cómo predicarle al ignorante, al que duda y a los pecadores

Con frecuencia escucho la pregunta: “¿cómo aplicas el texto en un sermón expositivo?”

Detrás de esta pregunta puede haber muchas suposiciones cuestionables. La persona que pregunta puede estar recordando sermones “expositivos” que ha escuchado —o tal vez predicado— que no eran diferentes a una clase bíblica del seminario; bien estructurados y precisos pero con muy poca demostración de urgencia piadosa o sabiduría pastoral. Esos sermones expositivos pueden haber tenido muy poca o ninguna aplicación. Por otro lado, la persona que pregunta puede simplemente no saber cómo reconocer una aplicación cuando la oye.

William Perkins, el gran teológo puritano del siglo XVI en Cambridge, instruía a los predicadores a imaginar los distintos tipos de oyentes y a pensar detenidamente en aplicaciones para cada uno de ellos (pecadores endurecidos, escépticos dubitativos, santos desanimados, jóvenes entusiastas, etc.).

El consejo de Perkins es muy útil, pero es de esperar que ya lo estemos haciendo. Quiero abordar el asunto de la aplicación de una manera ligeramente diferente: no solo hay diferentes clases de oyentes, sino que también hay diferentes clases de aplicación. Cuando tomamos un pasaje de la Palabra de Dios y lo explicamos con claridad, de manera convincente, incluso con un sentido de urgencia, hay por lo menos tres clases diferentes de aplicación que reflejan tres clases diferentes de problemas que se encuentran en el peregrinaje cristiano. En primer lugar, luchamos bajo la plaga de la ignorancia. En segundo lugar, luchamos con la duda, con más frecuencia de lo que nos damos cuenta en principio. En tercer lugar, luchamos con el pecado, ya sea por medio de actos de desobediencia directa o por medio de una negligencia pecaminosa. Como predicadores, anhelamos ver cambios en cada uno de los tres aspectos, tanto en nosotros mismos como en nuestros oyentes, cada vez que predicamos la Palabra de Dios. Y cada uno de los tres problemas da lugar a una clase diferente de aplicación legítima.

LA IGNORANCIA

La ignorancia es un problema fundamental en un mundo caído. Hemos alienado a Dios de nosotros. Nos hemos desconectado de una comunión directa con nuestro Creador. No es sorprendente, pues, que informar a las personas de la verdad acerca de Dios sea en sí mismo una forma poderosa de aplicación y, además, lo necesitamos desesperadamente.

Esto no es una excusa para predicar sermones fríos y desapasionados. Yo me puedo emocionar tanto —e incluso más— con afirmaciones indicativas como por medio de mandatos imperativos. Los mandamientos del evangelio a arrepentirnos y creer no significan nada aparte de las afirmaciones indicativas con respecto a Dios, a nosotros mismos y a Cristo. La información es vital. Somos llamados a enseñar la verdad y a proclamar un gran mensaje acerca de Dios. Queremos que las personas que escuchan nuestros mensajes pasen de ser ignorantes a ser entendidas en la verdad. Informar con sentimiento es aplicación.

LA DUDA

La duda es una forma diferente de ignorancia. En la duda, tomamos ideas o verdades que nos son familiares y las cuestionamos. Este tipo de cuestionamiento no es raro entre los cristianos. De hecho, la duda puede ser uno de los asuntos más importantes que debemos explorar y desafiar con nuestra predicación (a conciencia y con reflexión). La confrontación de la duda no es algo que un predicador haga con los no creyentes como si fuera una pequeña apologética previa a la conversión. Algunas personas que se sientan a escuchar sermones semana tras semana pueden conocer muy bien los hechos que el predicador menciona acerca de Cristo, o de Dios, o de Onésimo; pero pueden muy bien haber estado luchando con si realmente creen o no que esos hechos son verdad. Algunas veces las personas ni siquiera son conscientes de sus dudas, y mucho menos son capaces de articularlas como dudas.

Pero cuando comenzamos a escudriñar las Escrituras, encontramos suspendidas en las sombras diversas preguntas, incertidumbres e indecisiones, que nos hacen tristemente conscientes de esa atracción gravitatoria de la duda que desde la distancia nos trata de alejar del camino fiel del peregrino. Para tales personas —tal vez para tales rincones de nuestro corazón— debemos argumentar a favor de la fidelidad de la Palabra de Dios e instar a creer en ella con urgencia. Somos llamados a instar a los oyentes hacia la veracidad de la Palabra de Dios. Queremos que las personas que escuchan nuestros mensajes pasen de la duda a una creencia plena en la verdad. Esta predicación urgente y escudriñadora de la verdad es aplicación.

EL PECADO

El pecado es, también, un problema en este mundo caído. La ignorancia y la duda pueden ser en sí mismas pecados específicos, el resultado de pecados específicos, o ninguna de las dos cosas. Pero el pecado es ciertamente más que negligencia o duda.

Puedes estar seguro de que las personas que escuchan tus sermones habrán estado luchando con la desobediencia a Dios en la semana que pasó, y casi seguro que lucharán con la desobediencia al Señor en la semana que van a comenzar. Los pecados serán variados. Algunos consistirán en desobediencia de acción, otros serán una desobediencia de inacción. Pero ya sean de comisión o de omisión, los pecados son desobediencia a Dios.

Parte de la predicación consiste en desafiar al pueblo de Dios a una santidad de vida que refleje la santidad de Dios mismo. Así que parte de la aplicación del pasaje bíblico consiste en extraer las implicaciones de ese pasaje para nuestras acciones semanales. Como predicadores, hemos sido llamados a exhortar al pueblo de Dios a la obediencia a su Palabra. Queremos que nuestros oyentes pasen de una desobediencia pecaminosa a una obediencia gozosa y voluntaria a Dios según su voluntad, tal y como está revelada en su Palabra. Este tipo de exhortación a la obediencia es ciertamente aplicación.

EL EVANGELIO

El mensaje principal que tenemos que aplicar cada vez que predicamos es el evangelio. Algunas personas aún no conocen las buenas noticias de Jesucristo. Y algunas de ellas pueden incluso haber estado escuchando tus predicaciones por un tiempo, distraídas o adormiladas o soñando despiertas o no prestando atención. Estas personas necesitan que se les informe del evangelio. Necesitan que se les enseñe.

Otros pueden haber escuchado, entendido, y tal vez incluso haber aceptado la verdad, pero ahora se encuentran luchando con dudas sobre asuntos que tú estás tratando —o asumiendo— en tu mensaje. Tales personas necesitan que se les inste a creer la verdad de las buenas noticias de Cristo.

Y, también, las personas pueden haber escuchado y entendido, pero permanecen lentas para arrepentirse de sus pecados. Incluso pueden aceptar la verdad del mensaje del evangelio, pero no quieren abandonar sus pecados y confiar en Cristo. Para tales oyentes, la aplicación más poderosa que puedes hacer es exhortarles a aborrecer sus pecados y acudir a Cristo. En todos nuestros sermones, debemos tratar de aplicar el evangelio informando, instando y exhortando.

Un desafío común que los predicadores afrontamos al aplicar la Palabra de Dios en nuestros sermones es que algunas personas que están experimentando problemas en un área muy acentuada pensarán que no estás aplicando las Escrituras en tu predicación porque no estás abordando su problema particular. ¿Tienen razón? No necesariamente. Aunque tu predicación puede mejorar si comienzas a tratar cada categoría más frecuentemente y de una manera más concienzuda, no está mal que prediques a aquellos que necesitan que se les informe o que necesitan que se les exhorte a abandonar el pecado, incluso si la persona que está hablando contigo no es consciente de esa necesidad.

Una nota final. Proverbios 23:12 dice: “Aplica tu corazón a la enseñanza, y tus oídos a las palabras de sabiduría”. En las traducciones en inglés, parece que las palabras traducidas como “aplica” en la Biblia casi siempre —¿tal vez siempre?— hacen referencia no al trabajo del predicador —como nos enseña la homilética— ni siquiera al del Espíritu Santo —como nos enseña con toda razón la teología sistemática— sino al trabajo de aquel que *escucha* la Palabra. Somos llamados a aplicar la Palabra a nuestros propios corazones, y a dedicarnos nosotros mismos a esa obra.

Esta es, tal vez, la aplicación más importante que podríamos hacer el próximo domingo para el beneficio de todo el pueblo de Dios.

ACERCA DEL AUTOR:

Mark Dever es el pastor de *Capitol Hill Baptist Church* y el autor del libro *9 marcas de una iglesia saludable*.

Acerca de 9Marks

La misión

9Marks existe para equipar con una visión bíblica y recursos prácticos a líderes de iglesias para que la gloria de Dios sea reflejada a las naciones a través de iglesias sanas.

La historia

La organización tiene sus raíces en el trabajo pastoral de Mark Dever y Matt Schmucker en *Capitol Hill Baptist Church* (Washington, D.C.). A principios de los años 90, y tras varias décadas en decadencia, esta congregación comenzó a experimentar una reforma a manos de Mark y Matt. No se guiaron por la sabiduría convencional de la literatura especializada en el crecimiento de iglesias, no realizaron encuestas, no crearon nuevos programas, ni se enfocaron en cultivar una cultura precisa. Simplemente abrieron sus biblias. Mark predicó y ambos trabajaron para darle a la iglesia una estructura conforme a las Escrituras.

El libro

Por solicitud de Matt, Mark escribió y publicó de manera independiente el folleto *9 marcas de una iglesia saludable*, el que, años más tarde, se convirtió en el libro con el mismo nombre (publicado en inglés por Crossway en 2000). La organización nació a finales de los años 90 al ver que cada vez más pastores encontraban útiles las conversaciones iniciadas por Mark y Matt. Desde entonces, ha ido creciendo poco a poco.

La visión

9Marks cree que la iglesia local es el punto focal del plan de Dios para reflejar su gloria a las naciones. También cree en la suficiencia de la Biblia para la vida de la iglesia. Por tanto, como organización nos enfocamos en la iglesia, en las Escrituras y en los pastores. Valoramos tanto la multiplicidad de voces y estilos como a los colaboradores que comparten la misma visión. Esperamos seguir creciendo en nuestro propio conocimiento de la Palabra de Dios y en su aplicación a la congregación local. Nuestra intención es compartir nuestros contenidos a través de nuevos medios, plataformas e instituciones, además de usar los ya existentes.

Las 9 marcas

Las 9 marcas son: (1) predicación expositiva, (2) teología bíblica, (3) un entendimiento bíblico del evangelio, (4) un entendimiento bíblico de la conversión, (5) un entendimiento bíblico de la evangelización, (6) membresía bíblica de la iglesia, (7) disciplina bíblica de la iglesia, (8) discipulado y crecimiento bíblico, y (9) liderazgo bíblico de la iglesia. Éstas no son las únicas cosas necesarias para edificar iglesias sanas, pero son nueve prácticas que hoy muchas iglesias pasan por alto y que necesitan volver a ser enfatizadas.

¿Cómo se financia 9Marks?

9Marks depende de las donaciones de iglesias y personas que entienden la naturaleza estratégica de equipar a pastores y líderes con una visión bíblica de la iglesia local. Estamos profundamente agradecidos por la generosidad de todos aquellos que contribuyen a este ministerio.

9Marks Español

A principios de 2013 9Marks inició la expansión de su ministerio en español para equipar a pastores y líderes de Latinoamérica, España y comunidades hispanas de los Estados Unidos. Durante los próximos años 9Marks planea publicar una gran variedad de nuevos recursos en español —libros, artículos, *journals*, audios, videos—, organizar conferencias y crear una *red de redes* de pastores en cada país de habla hispana para la edificación de más iglesias sanas que glorifiquen a Dios.